

## LA PROFESIÓN DE LA SRA. WARREN

George Bernard Shaw

### ACTO PRIMERO

Tarde de verano en el jardín de una casa de campo situada en la falda oriental de una colina un poco al sur de Haslemere, Surrey. Mirando colina arriba se ve una casa de campo en el ángulo izquierdo del jardín, con su techo de paja, su pórtico y una gran ventana con celosía a la izquierda del pórtico. Un poco más al fondo han construido un pequeño pabellón anexo que hace ángulo recto con la pared del lado derecho. Desde el extremo de ese pabellón arranca una valla que corre hacia la derecha y hacia adelante cerrando completamente el jardín, sin contar un portillo a la derecha. El terreno público sube por la colina, detrás de la valla, hasta la línea del horizonte. Contra un banco del portón hay unas cuantas sillas de jardín, de lona y plegadas. Contra la pared, debajo de la ventana, hay una bicicleta de mujer. Un poco a la derecha del pórtico cuelga una hamaca entre dos postes. Una gran sombrilla de lona, clavada en el suelo, protege del sol a la hamaca en la que está tendida una señorita leyendo y tomando notas, con la cabeza hacia la casa y los pies hacia el portillo. Delante de la hamaca y al alcance de la mano de la muchacha hay una silla de cocina con una pila de libros de aspecto serio y con papel de escribir.

Aparece por detrás de la casa un señor que camina en el terreno público. Apenas ha entrado en la vejez y tiene algo de artista en su aspecto. Viste de forma no convencional, pero bien, y no tiene barba, pero sí bigote. Tiene cara de hombre serio, sensible y muy simpático, y modales considerados. Su pelo es sedoso y negro con ondas grises y canas. Las cejas las tiene blancas; el bigote, negro. No parece estar seguro del camino. Mira por encima de la valla, contempla la casa y el jardín y ve a la señorita.

EL SEÑOR (*quitándose el sombrero*) — Perdóneme usted, ¿hace el favor de indicarme el camino a Hidnhead View... a casa de la señora Alison?

LA SEÑORITA (levantando los ojos del libro) — Ésta es la casa de la señora Alison. (*Reanuda su trabajo.*)

EL SEÑOR — ¡Vaya! ¿Puedo preguntarle si es usted la señorita Vivie Warren?

LA SEÑORITA (*vivamente, mientras se vuelve apoyándose en un codo para ver bien al señor*) — Sí...

EL SEÑOR (*intimidado y conciliador*). — Debo de parecerle un intruso. Mi apellido es Praed. (*Vivie tira inmediata-mente el libro a la silla y sale de la hamaca.*) Oh, no quiero molestarla.

VIVIE (*avanzando a grandes pasos al portillo y abriéndolo*). Pase, señor Praed. (*Praed entra.*) Me alegro de verlo. (*Le alarga la mano y estrecha la de Praed con un fuerte y resuelto apretón. Vivie Warren es un atractivo ejemplar de joven inglesa de la clase media, sensata, inteligente y muy ilustrada. Edad, 22 años. Viva, fuerte, con confianza en sí misma y dueña de sus nervios. Viste*

*sencillamente, como de trabajo, pero no mal. En el cinturón lleva un dije del que cuelgan una navaja y una pluma fuente.)*

PRAED. -Es usted muy amable, señorita. *(Vivie cierra el portillo de un golpazo. Praed pasa al centro del jardín haciendo ejercicio con los dedos de la mano derecha, que el apretón le ha dejado un poco insensibles.)* ¿No ha llegado su madre?

VIVIE *(rápidamente, sin duda oliendo una agresión)* — ¿Va a venir?

PRAED *(sorprendido)* — ¿No nos esperaba usted?

VIVIE — No.

PRAED — ¡Caramba!; espero no haber confundido la fecha. No tendría nada de extraño. Su madre dijo que llegaría de Londres y que yo tenía que venir a conocerla a usted.

VIVIE *(nada satisfecha)* — Sí, ¿eh? Mi madre tiene cierta inclinación a darme sorpresas..., me figuro que es para ver cómo me porto en su ausencia. Dispone cosas que me conciernen, sin consultármelas, el día menos pensado le voy a dar yo una gran sorpresa. No ha llegado.

PRAED *(confuso)* — Lo siento mucho.

VIVIE *(disipando el enojo)* — La culpa no es suya. Y me alegro mucho de que haya venido, créame. Es usted el único de los amigos de mi madre que he pedido conocer.

PRAED *(aliviado y encantado)* — Ahora sí que es usted verdaderamente amable.

VIVIE — Vamos adentro, ¿o prefiere que nos quedemos aquí?

PRAED — Creo que será más agradable aquí, ¿no le parece?

VIVIE — Entonces voy a traerle una silla. *(Va al portón a buscar una silla de jardín.)*

PRAED *(la sigue)* — Por favor. Permítame. *(Toma la silla.)*

VIVIE *(dejándole que la lleve)* — Cuidado con los dedos. Estas sillas son bastante traicioneras. *(Va a la silla donde están los libros, los tira a la hamaca y se lleva la silla en un solo balanceo.)*

PRAED *(que acaba de desplegar su silla)* — Permítame que me siente en la silla dura. Me gustan las sillas duras.

VIVIE — También a mí. *(Se sienta.)* Siéntese, señor Praed. *(La invitación se la hace en un tono simpáticamente perentorio, pues el deseo de agradarla que muestre Praed le llama la atención como signo de debilidad de carácter.)*

PRAED. -A propósito, ¿no será mejor que vayamos a la estación a esperar a su madre?

VIVIE (*fríamente*) — ¿Para qué? Ya conoce el camino. (*Praed titubea y acaba sentándose en la silla de jardín, un tanto desconcertado.*) Es usted exactamente tal como yo me lo figuraba. Espero que esté dispuesto a ser amigo mío.

PRAED (*radiante -de nuevo*) — Gracias, señorita, muchas gracias. Celebro mucho que su madre no la haya echado a perder.

VIVIE — ¿Cómo iba a echarme a perder?

PRAED — Haciéndola demasiado convencional. No sé si lo sabe, pero yo soy un anarquista nato. Detesto la autoridad. Estropea las relaciones entre padres e hijos... y hasta entre madres e hijas. Y la verdad es que tenía miedo de que su madre reforzara su autoridad para hacerla a usted convencional. Es un verdadero alivio ver que no lo hizo.

VIVIE — ¿No me he comportado convencionalmente?

PRAED — No, no. Al menos, no convencionalmente no convencionalmente...; ya sabe usted lo quiere decir. (*Vivie asiente. Praed prosigue en una abundancia cordial.*) Ha sido una delicia oírle que está dispuesta a ser amiga mía. Ustedes, las chicas modernas, son espléndidas..., verdaderamente espléndidas.

VIVIE (*con dudas*) — ¿Sí? (*Observándolo con creciente desilusión en cuanto a la calidad de su sesera y de su carácter.*)

PRAED — Cuando yo tenía su edad, los muchachos y las muchachas se temían mutuamente..., no había entre ellos compañerismo..., nada real...; no había más que galantería copiada de novelas y todo lo vulgar y afectada que podía ser. Reserva virginal..., caballerosidad..., siempre se decía no cuando se quería decir sí...; aquello era un verdadero purgatorio para las almas tímidas y sinceras.

VIVIE — Sí..., me imagino que perdían terriblemente el tiempo, especialmente las mujeres.

PRAED — Se perdía la vida..., se perdía todo. Pero las cosas van mejorando. ¿Sabe usted que desde sus triunfos en Cambridge —cosa desconocida en mis tiempos— he estado ardiendo en deseos de conocerla? Me pareció espléndido que empatara usted con el tercer premio de honor en matemáticas. Ése es el mejor lugar. El primer premio es siempre para individuos soñadores y morbosos, un individuo soñador y morbosos, capaces de provocarse enfermedades.

VIVIE — No valió la pena. No volvería a hacerlo por el mismo dinero.

PRAED (*estupefacto*) — ¡Por el mismo dinero!

VIVIE — Lo hice por 50 libras esterlinas. Quizá no sepa usted cómo ocurrió. La señora Latham, mi tutora en Newnham, le dijo a mi madre que si estudiaba seriamente yo podía obtener el premio de honor en matemáticas. Los diarios estaban entonces llenos de que Phillipa Summers había triunfado sobre el primero..., ya lo recordará usted; y nada hubiera satisfecho tanto a mi madre como el que yo hiciera lo mismo. Yo dije claramente que, como no iba a dedicarme a la

enseñanza, no valía la pena tanto trabajo; pero en cambio obtendría el cuarto lugar a cambio de 50 libras esterlinas. Mi madre, después de rezongar un poco, aceptó, y yo cumplí más de lo prometido. Pero no volvería a hacerlo por el mismo dinero. Fue como para unas 200 libras.

PRAED (*muy desilusionado*) — ¡Dios me bendiga! Es una manera muy práctica de ver la cosa.

VIVIE — ¿Esperaba encontrar en mí una persona poco práctica?

PRAED — No, no. Pero no hay duda de que es práctico considerar no sólo el trabajo que cuestan esos honores, sino también la cultura que aportan.

VIVIE — ¡Cultura! Querido señor Praed: ¿sabe 'usted lo que significa un premio de en matemáticas? Significa trabajar, trabajar de seis a ocho horas diarias en matemáticas y nada más que matemáticas. Se supone que yo sé algo de ciencia, pero no sé nada más que las matemáticas que van envueltas en ella. Puedo hacer cálculos para ingenieros, electricistas, compañías de seguros, y así sucesivamente; pero no sé casi nada de ingeniería, electricidad o seguros. Ni siquiera sé bien la aritmética. Aparte de las matemáticas, el tenis, comer, dormir, andar en bicicleta y a pie, soy una ignorante mayor que cualquier mujer que no haya aspirado a ningún premio.

PRAED (*rebelándose*) — ¡Qué sistema más monstruoso, más perverso, más canallesco! Ya me lo figuraba. Comprendí en seguida que equivalía a destruir la belleza de la femineidad.

VIVIE — No me opongo a nada de eso. Le aseguro a usted que yo sabré cómo sacarle provecho.

PRAED — ¡Bah! ¿Cómo?

VIVIE — Abriré un despacho en la city para hacer cálculos de seguros y de transmisiones de propiedad. Bajo esa apariencia estudiaré la ley con un ojo constantemente fijo en la Bolsa. Vine aquí a estudiar derecho, no de vacaciones como se imagina mi madre. Detesto las vacaciones.

PRAED. Hiela usted la sangre. ¿No piensa usted tener en la vida nada bello, ninguna aventura romántica?

VIVIE. -- No me interesa ninguna de las dos cosas, se lo aseguro.

PRAED — No puede usted decirlo en serio.

VIVIE — Completamente en serio. Me gusta trabajar y que me paguen mi trabajo. Cuando me canso de trabajar me gusta una silla cómoda, un cigarro, un poco de whisky y una buena, novela policiaca.

PRAED (*en un arrebatado de repudio*) — No lo creo. Soy artista y no puedo creerlo; me niego a creerlo. (*Con entusiasmo.*) Ah, señorita, usted no ha descubierto aún el maravilloso mundo del arte.

VIVIE — Sí, lo he descubierto. En mayo pasé seis semanas en Londres con Honoria Fraser. Mamá creyó que nos dedicábamos a pasear, pero en realidad íbamos todos los días al estudio jurídico de Honoria en Chancery Lane. Yo le ayudaba en cálculos de seguros y en todo lo posible para una novata como yo. En las noches fumábamos y charlábamos, y nunca se nos ocurría salir más que por hacer ejercicio. ¡En la vida he disfrutado más! Saqué para todos mis gastos y además me inicié en una profesión sin pagar ni un penique.

PRAED — Por amor de Dios, señorita. ¿A eso llama usted probar el arte?

VIVIE — Espere un poco. No fue ese el comienzo. Una familia de aficionados al arte me invitó a su casa de Fitzjohn's Avenue; una de las chicas era compañera de universidad. Me llevaron a la Galería Nacional, a la ópera y a un concierto en que la banda tocó toda la noche obras de Beethoven, Wagner y otros por el estilo. Por nada repetiría la experiencia. Aguanté por cortesía hasta el tercer día, y entonces dije muy clarito que no aguantaba más y me regresé a Chancery Lane. Ahora ya sabe qué clase de espléndida chica moderna soy. ¿Cree que me entenderé con mi madre?

PRAED (*sobresaltado*) — Espero... que...

VIVIE — Quiero saber no tanto lo que usted espera ni lo que usted cree.

PRAED. Francamente, me temo que su madre se va a desilusionar un poco. No por algún defecto en usted..., no me refiero a eso. ¡Pero es usted tan distinta de su ideal!

VIVIE — ¿Cómo es su ideal?

PRAED — Habrá observado usted, señorita, que las personas descontentas con la forma en que fueron criadas creen generalmente que en el mundo todo iría bien si a los demás se les criara de una forma muy distinta. La vida de su madre ha sido..., supongo que lo sabe usted...

VIVIE — No suponga usted nada, señor Praed. (*Praed se queda anonadado. Su consternación crece a medida que prosigue.*) Esa es precisamente mi dificultad. Usted olvida que apenas conozco a mi madre. Desde mi niñez he vivido en Inglaterra, en el colegio, en la universidad, o con personas pagadas para que se ocuparan de mí. Toda mi vida la he pasado viviendo en casas ajenas, y mi madre ha vivido en Bruselas o en Viena y no me permitía visitarla. No la veo más que cuando viene a Inglaterra a pasar unos días. No me quejo. Fue muy agradable porque la gente ha sido muy buena conmigo y siempre he contado con abundante dinero. Pero no crea usted que sé nada de mi madre. Sé mucho menos que usted.

PRAED (*muy poco tranquilo*) — En ese caso... (*Se detiene sin saber qué añadir. Después, esforzándose en parecer alegre:*) ¡De qué tonterías estamos hablando! ¡Claro que se van a entender ustedes a la perfección! (*Se levanta y contempla la vista.*) ¡Qué lugar más lindo!

VIVIE (*impasible*) — Si cree usted que cambiando de conversación no confirma mis peores sospechas, me tiene usted por mucho más estúpida de lo que creo ser.

PRAED — ¡Sus peores sospechas! No diga eso, por favor.

VIVIE — ¿Por qué no se puede hablar de la vida de mi madre?

PRAED — Piense usted un poco. Es natural que yo tenga cierta delicadeza al conversar con la hija de mi antigua amiga no estando ella presente. Ya tendrá usted oportunidades de hablar con ella cuando venga. (*Inquieto.*) ¿A qué se deberá su retraso?

VIVIE — No; tampoco mi madre hablará de eso. (*Levantándose.*) Pero no quiero presionarlo. No olvide esto que le voy a decir: cuando mi madre se entere de mis planes de Chancery Lane va a haber una batalla completa.

PRAED (*deplorándolo*) — Me temo que sí.

VIVIE — La ganaré yo, porque lo único que pido es lo que vale el billete de tren a Londres para empezar mañana mismo a ganarme la vida, ayudando a Honoria. Además, yo no tengo ningún misterio que ocultar y parece que ella sí. En caso de necesidad utilizaré eso contra ella.

PRAED (*muy escandalizado*) — Oh, no. ¡Por favor! No hará usted semejante cosa.

VIVIE — Dígame por qué no.

PRAED. —No puedo. Apelo a sus buenos sentimientos. (*Vivie se sonríe del sentimentalismo de Praed.*) Además, con su madre no se puede jugar cuando se enoja.

VIVIE. —No puede usted asustarme, señor Praed. Durante el mes que pasé en Chancery Lane tuve oportunidades de tomarles los datos a dos mujeres muy parecidas a mi madre que acudieron a consultar a Honoria. Puede usted apostar por mí. Pero si en mi ignorancia golpeo más duramente de lo necesario, recuerde que es usted quien se niega a informarme. Ahora, no hablemos más de eso. (*Toma la silla y la vuelve a poner al lado de la hamaca con el mismo vigoroso balanceo de antes.*)

PRAED (*adoptando una desesperada resolución*). —Una palabra, señorita. Es preferible que se lo diga. Es muy difícil, pero...

*Llegan al portal la señora Warren y Sir George Crofts. La señora Warren es una mujer entre los 40 y los 50 años, bien parecida, vestida en forma extravagante, con un sombrero chillón y una alegre blusa ceñida en el busto y flanqueada por dos mangas a la moda. Es un tanto caprichosa y dominante, pero, en conjunto, mujer que ha vivido, simpática y bastante presentable.*

*Crofts es un hombre alto y corpulento de unos 50 años, vestido a la moda y a lo joven. Voz nasal, un poco más delgada de lo que se pudiera esperar de su fuerte constitución. Con su cara afeitada, sus mandíbulas de bulldog, sus orejas aplastadas y su grueso cuello, es una combinación, en forma de caballero, de los tipos más brutales de hombre de negocios, de deportista y de mundano.*

VIVIE — Ya llegaron. (*Dirigiéndose hacia ellos cuando entran en el jardín.*) ¿Qué tal, mater? El señor Praed lleva media hora esperándote.

LA SEÑORA WARREN — Si ha estado esperando, Praddy, la culpa es suya. Pensé que tendría suficiente talento como para saber que llegaría en el tren de las tres y diez. Vivie: ponte el sombrero, hija mía, te va a quemar el sol. Ah, olvidaba presentaros. Sir George Crofts, mi pequeña Vivie.

(*Crofts avanza hacia Vivie con su expresión más ceremoniosa. Vivie le hace un saludo de cabeza, pero sin mover la mano para dársela.*)

CROFTS — ¿Puedo estrechar la mano de una señorita a quien conozco por su fama desde hace mucho tiempo como hija de una de mis más antiguas amigas?

VIVIE (*que lo ha estado mirando penetrantemente de arriba abajo*). — Como usted quiera. (*Toma la mano que le ofrece tiernamente Crofts y le da un apretón que le hace abrir los ojos; después se vuelve y dice a su madre:*) ¿Vas a entrar, o traigo otro par de sillas? (*Va al portón para llevar las sillas.*)

LA SEÑORA WARREN — Bueno, George, dígame qué piensa de ella.

CROFTS (*deplorándolo*). — Tiene la mano pesada. ¿Le dio usted la mano, Praed?

PRAED — Sí; ya casi se me pasa.

CROFTS — Se lo deseo. (*Vivie reaparece con dos sillas más. Crofts corre a ayudarla.*) Permítame.

LA SEÑORA WARREN (*en tono protector*) — Deja que te ayude Sir George con las sillas.

VIVIE (*casi tirándoselas a Crofts a los brazos*) — Ahí están. (*Se sacude el polvo de las manos y se vuelve a la señora Warren.*) ¿No quieres té?

LA SEÑORA WARREN (*sentándose en la silla de Praed y abanicándose*) — Me muero por beber algo.

VIVIE. — Yo me encargo. (*Entra en la casa. Sir George ha conseguido ya desplegar una silla y la pone al lado de la señora Warren, a su izquierda. Tira la otra al suelo y se sienta un tanto deprimido, con expresión un poco tonta y con el puño de su bastón en la boca. Praed, todavía muy inquieto, anda de un lado para otro en el jardín, a la derecha de la pareja.*)

LA SEÑORA WARREN (*a Praed, mirando a Crofts*) — Mírelo, Praddy. Qué cara tan alegre tiene, ¿eh? Desde hace tres años me estuvo insistiendo en que le presentara a mi hija, y ahora no sabe dónde anda. (*Animadamente.*) Venga aquí, George, y sáquese el bastón de la boca. (*Crofts obedece hurañamente.*)

PRAED — Me figuro que usted sabe —si no le disgusta que me exprese así— que más nos vale ya no pensar en ella como en una niña. Se ha distinguido mucho ya y, por lo que he visto, tal vez sea más vieja que nosotros.

LA SEÑORA WARREN (*muy divertida*) — Escuche eso, George. ¡Más vieja que nosotros! Se ve que lo dejó harto de contarle de sus méritos.

PRAED — Los jóvenes son muy sensibles para tratarlos así.

LA SEÑORA WARREN — Si, pero hay que quitarles de la cabeza esas tonterías y muchas cosas más. No intervenga, Praddy. Yo sé cómo tratar a mi propia hija. (*Praed, que menea gravemente la cabeza, camina por el jardín con las manos juntas detrás. La señora Warren finge reír, pero le sigue con la mirada con visible preocupación. Después dice en voz baja a Crofts:*) ¿Qué le pasa? ¿Por qué lo toma así?

CROFTS (*áasperamente*) — Usted le tiene miedo a Praed.

LA SEÑORA WARREN — ¡Cómo! ¡Yo tenerle miedo al viejo Praed! ¡Si ni una mosca le tendría miedo!

CROFTS — Usted le tiene miedo.

LA SEÑORA WARREN (*enojada*) — — Tendré que decirle que no se meta en lo que no le importa y no me diga cosas desagradables. Ya sabe que por lo menos a usted no le tengo miedo. Si no sabe ser agradable, lo mejor que puede hacer es irse. (*Se levanta y, al dar la espalda a Crofts, se ve frente a frente a Praed.*) Venga, Praddy. Ya sé que todo es culpa de su buen corazón. Tiene usted miedo de que regañe a Vivie.

PRAED — Querida Kitty: usted cree que me siento ofendido; le ruego que no se lo imagine siquiera. Pero ya sabe que yo observo a menudo cosas que a usted se le escapan, y aunque nunca sigue mi consejo, luego reconoce que debía haberlo seguido.

LA SEÑORA WARREN — ¿Y qué es lo que ha observado ahora?

PRAED — Que Vivie es toda una mujer; nada más. Le ruego que la trate con todo respeto.

LA SEÑORA WARREN (*sinceramente asombrada*) — ¡Respeto! ¡Tratar a mi propia hija con respeto! ¿Y qué más?

VIVIE (*apareciendo en la puerta de la casa y llamando a su madre*). -Mamá, ¿quieres venir a mi cuarto y quitarte el sombrero antes de tomar el té?

LA SEÑORA WARREN — Si, hija mía. (*Se ríe indulgentemente de Praed y le da una palmadita en la cara al pasar a su lado al dirigirse al pórtico. Después sigue a Vivie a la casa.*)

CROFTS (*furtivamente*) — Oiga, Praed.

PRAED — ¿Qué?

CROFTS — Quiero hacerle una preguntita.

PRAED — Diga. (*Toma la silla de la señora Warren y se sienta cerca de Crofts.*)

CROFTS — Muy bien, porque no quiero que nos oigan desde la ventana. Dígame, ¿le ha dicho Kitty alguna vez quién es el padre de la chica?

PRAED — Nunca.

CROFTS — ¿Sospecha usted quién?

PRAED — No.

CROFTS (*sin creerle*) — Comprendo, naturalmente, que se sienta usted obligado a no repetir lo que Kitty le haya dicho. Pero es turbador ignorarlo ahora que vamos a verla todos los días. No sabemos exactamente qué sentimientos tener hacia ella.

PRAED — ¿Qué diferencia puede haber? La apreciamos por lo que vale. ¿Qué importa quién fue su padre?

CROFTS (*con sospechas*) — Entonces, ¿usted sabe quién fue?

PRAED (*un poco enojado*) — Acabo de decir que no. ¿No me oyó?

CROFTS — Mire usted, Praed. Se lo pido como un favor especial. Si usted lo sabe (*movimiento de protesta de Praed*)... digo que si lo sabe podría tranquilizarme. Porque la verdad es que Vivie me atrae. Oh, no se alarme; es un sentimiento muy inocente. Eso es lo que me turba. Según yo, podría ser su padre.

PRAED — ¡Usted! ¡Imposible! No diga tonterías.

CROFTS (*atrapándolo astutamente*) — ¿Está usted seguro de que no lo soy?

PRAED — Le repito que no sé más que usted. Pero vamos, Crofts, usted no puede ser. No existe el menor parecido.

CROFTS — T veo ningún parecido entre su madre y ella. No es hija de usted, ¿verdad?

PRAED (*hace frente a la pregunta con una mirada de indignación, se domina haciendo un esfuerzo, y contesta suave y gravemente*) — Mire usted, querido Crofts; no tengo nada que ver, ni tuve nunca, en ese aspecto de la vida de la señora Warren. Ni ella me ha contado nada, ni yo le he preguntado nada. Su delicadeza le dirá a usted que una mujer hermosa necesita algunos amigos que no..., bueno, que no tienen ese género de relaciones con ella. El efecto de su propia belleza acabaría por convertírsele en un tormento si no pudiera escapar de vez en cuando. Usted tiene probablemente con Kitty más confianza que yo. Puede preguntárselo usted mismo.

CROFTS (*levantándose impaciente*) — Se lo he preguntado muchas veces. Pero está tan resuelta a guardarse la hija enteramente para sí, que si pudiera negaría que haya tenido padre. No; a Kitty no se le puede sacar nada, al menos nada creíble. Esto me molesta mucho, Praed.

PRAED (*levantándose también*) — Bueno, como de todos modos es usted lo suficientemente viejo para ser el padre de Vivie, no tengo ningún inconveniente en que la miremos paternalmente, como a una muchacha a la cual debemos proteger y ayudar. Tanto más cuanto que su verdadero padre, quienquiera que haya sido, era probablemente un granuja. ¿Qué dice usted?

CROFTS (*agresivamente*) — Si vamos a eso, no soy más viejo que usted.

PRAED — Sí, amigo mío; claro que lo es. Usted nació viejo. Yo nací chico y nunca he podido tener en mi vida la seguridad de un hombre hecho y derecho.

LA SEÑORA WARREN (*llamando desde la casa*) — ¡Praddee! ¡George! ¡El té-é-é!

CROFTS (*de prisa*) — Nos llama. (*Se apresura a entrar. Praed meneaba ominosamente la cabeza y le sigue lentamente, cuando le llama un joven que acaba de aparecer en el camino público y se dirige hacia el portón. Es un joven agradable, bien parecido, elegantemente vestido, haragán, acaba de cumplir no hace mucho 20 años, y tiene una voz agradable y unos modales agradablemente irrespetuosos. Trae un rifle colgando.*)

EL JOVEN — ¡Hola, Praed!

PRAED — ¡Frank Gardner! (*Frank entra y da cordialmente la mano a Praed.*) ¿Qué diablos hace usted aquí?

FRANK — Vengo con mi padre.

PRAED — ¡Cómo! ¿El pater patriae?

FRANK — Está de rector aquí. Este otoño lo estoy pasando con mi familia para ahorrar. Las cosas hicieron crisis en julio; el pater patriae tuvo que pagar mis deudas y la consecuencia es que está arruinado, y yo también. ¿Qué le trajo por aquí? ¿Conoce usted a esta gente?

PRAED — Sí; estoy visitando a la señorita Warren.

FRANK (*con entusiasmo*). ¡Cómo! ¿Conoce usted a Vivie? Es una chica deliciosa, ¿verdad? Le estoy enseñando a tirar..., ya ve usted (*enseñándole el fusil*). Me alegro mucho de que Vivie lo conozca; es usted de esos hombres que debe conocer. (*Sonríe y alza su agradable voz casi en un cántico cuando exclama:*) ¡Cuánto me alegro de encontrarlo aquí!

PRAED — Soy antiguo amigo de la madre de Vivie. La señora Warren me invitó a conocer a su hija.

FRANK — ¡La madre! ¿Está aquí?

PRAED — Sí, están allá tomando el té.

LA SEÑORA WARREN (*llamando desde adentro*) — ¡Prad-dee-dee! La tarta se va a enfriar.

PRAED (*gritando*) — Voy en seguida. Me encontré con un amigo.

LA SEÑORA WARREN — ¿Con un qué?

PRAED (*más alto*) — Con un amigo.

LA SEÑORA WARREN — Tráigalo.

PRAED — Muy bien. (*A Frank.*) ¿Acepta usted la invitación?

FRANK (*incrédulo, pero inmensamente regocijado*) — ¿Es la madre de Vivie?

PRAED. Sí.

FRANK — ¡Por todos los dioses! ¡Vaya una aventura! ¿Cree usted que le caeré bien?

PRAED — Estoy seguro de que se sabrá dar a querer, como de costumbre. Venga e inténtelo (*avanzando hacia la casa*).

FRANK — Espere un poco. (*Seramente.*) Quiero hacerle una confidencia.

PRAED. —No me la haga, por favor. Será alguna nueva locura, como la de la muchacha del bar de Redhill.

FRANK. —Es mucho más serio que eso. ¿Dice usted que acaba de conocer a Vivie?

PRAED — Sí.

FRANK (*con entusiasmo*) — Entonces no tiene usted idea de cómo es. ¡Qué carácter! ¡Cuánto sentido común! ¡Qué talento! Puedo asegurarle que es muy inteligente. Y el corazón más encantador que...

CROFTS (*sacando la cabeza por la ventana*) — Vamos, Praed, ¿qué le pasa? Venga de una vez por todas. (*Desaparece.*)

FRANK — ¡Caramba! Ese individuo se llevaría un premio en un concurso de perros. ¿Quién es?

PRAED — Sir George Crofts, antiguo amigo de la señora Warren. Más nos vale entrar.

*Cuando van hacia el portón los detiene una llamada desde el portal, y, al volverse, ven a un sacerdote entrado en años que mira por encima de la valla.*

EL SACERDOTE (*llamando*) — ¡Frank!

FRANK — ¡Hola! (*A Praed.*) El pater patriae. (*Al sacerdote.*) Sí, papá, voy; en seguida. (*A Praed.*) Más le vale entrar, Praed. Yo no tardo.

PRAED — Muy bien. (*Saluda, quitándose el sombrero, al sacerdote, que regresa el saludo a distancia. Praed entra en la casa. El sacerdote se queda muy tieso fuera del portal, en el que apoya las manos. El reverendo, clérigo beneficiado de la Iglesia Establecida, tiene más de 50 años. Es persona presuntuosa, solemne y ruidosa que se esfuerza en vano por imponerse como padre y sacerdote sin hacerse respetar en ninguno de los dos aspectos.*)

REV. S — Bueno, señor mío. ¿Quiénes son sus amigos, si lo puedo preguntar?

FRANK — No hay inconveniente, padre. Entre.

REV. S. —No entraré hasta saber de quién es la propiedad donde entro.

FRANK. —Muy bien. De la señorita Warren.

REV. S — No la he visto en la iglesia desde que llegó.

FRANK — Claro que no. Fue tercer lugar de honor en matemáticas...; es muy intelectual...; tiene un título universitario más importante que el tuyo..., ¿para qué va a querer oírte predicar?

REV. S — No sea insolente, señor mío.

FRANK. —No tiene importancia. Nadie nos oye. Entra. (*Abre el portal y al mismo tiempo tira de su padre, sin ninguna ceremonia, y lo hace pasar.*) Quiero que se conozcan. Vivie y yo nos entendemos estupendamente. Es encantadora. ¿Recuerdas el consejo que me diste en julio, padre?

REV. S. (*severamente*). Te aconsejé que vencieras tu haraganería y tu frivolidad y que te esforzaras en tener una profesión honrada, para dejar de vivir a mi costa.

FRANK — No; eso lo pensaste después. Lo que me dijiste fue que, como no tengo talento ni dinero, lo mejor que podía hacer era explotar mi físico casándome con alguien que tuviera las dos cosas. Pues bien; Vivie tiene talento, no puedes negarlo.

REV. S — El talento no lo es todo.

FRANK — No, naturalmente. Pero también está su dinero.

REV. S. (*interrumpiéndolo severamente*) — No estaba pensando en dinero, señor mío. Estaba hablando de cosas más elevadas...; la posición social, por ejemplo.

FRANK — Eso me importa un comino.

REV. S — Pero a mí no.

FRANK — Nadie quiere que te cases con ella. De todos modos, tiene un título que equivale a uno de los más altos de Cambridge; y parece tener todo el dinero que quiere.

REV. S. (*hundiéndose en una débil veta de humorismo*) — Dudo de que tenga tanto como querrás tú.

FRANK — ¡Vamos! No soy tan excéntrico. Llevo una vida bien sencilla; no bebo, no juego, y no voy de juerga con la regularidad con que la que tú lo hacías a mi edad.

REV. S. (*tronando roncamente*) — ¡Silencio, señor mío!

FRANK — Tú mismo me dijiste, cuando estaba haciendo el ridículo con la tabernera de Redhill, que una vez le ofreciste 50 libras esterlinas a una mujer por las cartas que le escribiste cuando...

REV. S. (*aterrorizado*) — ¡Sh...! sh..., Frank, ¡por Dios! (*Mira desconfiado alrededor. Al ver que no hay nadie que pueda oírle vuelve a tronar pero más suavemente.*) Te estás aprovechando muy poco caballerosamente de algo que te dije de manera confidencial, por tu bien, para que no cometieras un error del que te hubieras arrepentido toda tu vida. Que las locuras de tu padre te sirvan de advertencia, y no las utilices como excusa para las tuyas.

FRANK — ¿Has oído alguna vez lo del duque de Wellington y sus cartas?

REV. S. — No, y no quiero oírlo.

FRANK — El viejo Duque de Hierro no tiró 50 libras esterlinas, nada de eso. Se limitó a escribir: «Querida Jenny: publícalas y que te lleven todos los demonios. Afectuosamente, Wellington.» Eso es lo que debiste haber hecho.

REV. S. (*lastimeramente*) — Frank, hijo mío: cuando escribí esas cartas caí bajo el dominio de aquella mujer. Cuando te hablé de ella caí también, siento decirlo, bajo tu dominio. Aquella mujer rechazó el dinero con unas palabras que no olvidaré nunca: «Saber es poder —me contestó—, y yo nunca vendo poder.» Han pasado ya más de veinte años y nunca ha hecho uso de ese poder, ni me ha ocasionado el menor malestar. Tú te estás portando peor que ella, Frank.

FRANK — No lo dudo. ¿La sermoneaste alguna vez como me sermoneas a mí todos los días?

REV. S. (*herido casi hasta las lágrimas*) — Te dejo. Eres incorregible. (Se vuelve hacia el portal.)

FRANK (*totalmente impasible*). — Padre: haga el favor de avisar en casa, como buena persona, que no me esperen para tomar el té. (*Va hacia la puerta de la casa y se encuentra con Vivie, que sale seguida de Praed, Crofts y la señora Warren.*)

VIVIE (*a Frank*) — ¿Es tu padre, Frank? Tenía muchas ganas de conocerlo.

FRANK — Ahora mismo. (*Llamando a su padre.*) ¡Papá! (*El Rev. S. se vuelve en el portal, manipulando nerviosamente su sombrero. Praed baja al jardín por el lado opuesto, radiante al prever las cortesías. Crofts merodea cerca de la hamaca, empujándola con su bastón para que se columpie. La señora Warren se detiene en el umbral mirando fijamente al sacerdote.*) Permítame que los presente: mi padre..., la señorita Warren.

VIVIE (*acercándose al sacerdote y estrechándole la mano*) — Me alegro mucho de verlo por aquí, señor Gardner. Permítame que lo presente a todos. El señor Gardner..., el señor Frank Gardner..., el señor Praed..., Sir George Crofts, y... (*Mientras los hombres se saludan quitándose el sombrero, a Vivie la interrumpe una exclamación de su madre, que se lanza hacia el Reverendo Samuel.*)

LA SEÑORA WARREN — ¡Caramba, pero si es Sam Gardner, vuelto sacerdote! ¿No nos reconoce, Sam? Este es George Crofts, en persona y mucho más persona que nunca. ¿Se acuerda de mí?

REV. S. (*muy sonrojado*) — Yo...

LA SEÑORA WARREN — ¡Ya veo que se acuerda! ¡Si todavía tengo en casa todo un álbum de cartas tuyas! Las estaba leyendo el otro día.

REV. S. (*tristemente confundido*) — ¡Señorita Vavasour!

LA SEÑORA. WARREN (*corrigiéndole rápidamente en un murmullo en voz alta*) — ¡Sh! ¡Qué tontería! Señora Warren. ¿No ve a mi hija aquí presente?

## ACTO II

*Interior la casa después de la caída de la tarde. Mirando a Oriente desde dentro en vez de a Occidente desde fuera, la ventana con la celosía y con las cortinas corridas queda ahora en mitad de la pared delantera de la casa, con el portón a su izquierda. En la pared de la izquierda está la puerta que conduce al pabellón anexo. Más al fondo, contra la misma pared, hay un aparador con un candelero y fósforos. A su lado descansa, puesto contra la pared, el fusil de Frank. En el centro hay una mesa con una lámpara encendida encima. Los libros y los papeles de escribir de Vivie se encuentran en una mesa a la derecha de la ventana, contra la pared. El hogar está a la derecha, con un diván; no hay fuego. Dos sillas, una a la derecha y otra a la izquierda de la mesa.*

*Se abre la puerta de la casa y deja ver afuera una hermosa noche estrellada. La señora Warren, envuelta en un chal que le ha prestado Vivie, entra seguida de Frank. Se ha cansado de caminar y suspira aliviada al sacar los alfileres del sombrero, se lo quita, clava los alfileres en la copa, y lo deja sobre la mesa.*

LA SEÑORA WARREN — ¡Señor! No sé qué es peor en el campo: si caminar o quedarse sentada en casa sin tener nada que hacer. Ahora me vendría muy bien un whisky con soda, si es que algo así existe en esta casa,

FRANK (*ayudándola a quitarse el chal y al mismo tiempo haciéndole en los hombros la caricia más delicada con los dedos*) — Quizá Vivie tenga whisky.

LA SEÑORA WARREN (*mirándolo durante un momento con el rabillo del ojo al notar la presión de los dedos*) — ¡Qué tontería! ¡Para qué quiere esas cosas una joven como ella! No importa. (Se

*deja caer cansada en una silla junto a la mesa.*) ¿Cómo pasará Vivie el tiempo aquí? ¡Bastante mejor estaría yo en Viena!

FRANK — Permítame que la lleve allí. *(Dobla cuidadosamente el chal, lo pone en el respaldo de la otra silla y se sienta frente a la señora Warren.)*

LA SEÑORA WARREN — Váyase de aquí. Empiezo a pensar que es usted una astilla del viejo palo.

FRANK — Soy como mi padre, ¿no?

LA SEÑORA WARREN — No hable de eso. ¿Qué sabe usted de esas cosas? No es usted más que un chico.

FRANK — ¿Vendrá usted a Viena conmigo? Sería divertidísimo.

LA SEÑORA WARREN — No, gracias. Viena no es sitio para usted..., al menos hasta que crezca un poco. *(Hace un movimiento de cabeza para recalcar el consejo. Frank pone una cara de compungido que desmienten sus sonrientes ojos. La señora Warren lo mira, se levanta y se acerca a él.)* Mire usted, jovencito *(lo toma de la cara y se la vuelve hacia ella)*: yo lo conozco de arriba abajo, por lo que se parece a su padre, mejor de lo que se conoce usted a sí mismo. No se le meta en la cabeza ninguna tontería respecto a mí. ¿Me oye?

FRANK *(cortejándola galantemente con su voz.)* — No puedo evitarlo, señora; lo llevo en la sangre. *(La señora Warren finge darle una bofetada; después contempla la pícara y sonriente cara vuelta hacia ella, y siente una tentación. Al fin le da un beso e inmediatamente se separa, disgustada consigo misma.)*

LA SEÑORA WARREN — Vaya. No debiera haberlo hecho. ¡Qué mala soy! Pero no se preocupe, no fue más que un beso maternal. Vaya a hacer el amor a Vivie.

FRANK — Ya se lo hice.

LA SEÑORA WARREN *(volviéndose hacia él con una aguda nota de alarma en su voz)* — ¡Cómo!

FRANK — Vivie y yo somos muy buenos amigos.

LA SEÑORA WARREN — ¿Qué quiere usted decir? Mire usted: no estoy dispuesta a tolerar que ningún granuja juegue con mi niña. ¿Me oye? No estoy dispuesta a tolerarlo.

FRANK *(imperturbable)* — No se alarme, señora. Mis intenciones son decentes..., muy decentes; y su hijita no necesita que la proteja nadie. No necesita que la cuiden la mitad de lo que necesita su madre. Tampoco es tan hermosa.

LA SEÑORA WARREN *(impresionada por la seguridad de Frank)* — Tiene usted una frescura de témpano, amiguito. No sé de dónde la sacó...; no de su padre.

CROFTS *(en el jardín)* Los gitanos, me parece...

REV. S. (*contestando*) Los barrenderos son mucho peor.

SEÑORA WARREN (a Frank) — ¡Sh! ¡Tenga cuidado! ¡Está advertido!

(*Llega el Reverendo Samuel seguido de Crofts.*)

REV. S. — El perjurio en Winchester es deplorable...

SEÑORA WARREN — ¿Dónde han andado ustedes? ¿Y dónde están Praddy y Vivie?

CROFTS (*dejando su sombrero en el diván y el bastón en el rincón de la chimenea*) — Fueron colina arriba. Nosotros fuimos al pueblo. Yo quería beber algo. (*Se sienta en el diván, con las piernas extendidas en el asiento.*)

LA SEÑORA WARREN — Vivie no debería irSE así, sin decirme nada. (*A Frank.*) Tráigale una silla a su padre. ¿Qué educación tiene usted? (*Frank da un salto y ofrece graciosamente su silla a su padre; después toma otra junto a la pared y se sienta a la mesa, en medio, con su padre a la derecha y la señora Warren a la izquierda.*) George: ¿dónde va usted a pasar la noche? Porque no puede quedarse aquí. ¿Y qué va a hacer Praddy?

CROFTS. —Voy a dormir en casa de Gardner.

LA SEÑORA WARREN — Sabía que iba a ocuparse usted de sí mismo. Pero, ¿qué va a hacer Praddy?

CROFTS — No lo sé. Dormirá en la posada.

LA SEÑORA WARREN — ¿No tiene lugar para él, Sam?

REV. S — Bueno...; la cosa es que... como padre rector aquí no puedo hacer exactamente lo que quiero. ¿Qué posición social tiene Praed?

LA SEÑORA WARREN — Ah, excelente; es arquitecto. ¡Qué tradicional es usted, Sam!

FRANK. —No hay ningún inconveniente, padre. Praed le construyó al duque de Bedford la casa de Monmouthshire...; se llama Tintern Abbey. Estoy seguro de que la ha escuchado nombrar. (*Guiña traviesamente un ojo a la señora Warren y mira tranquilamente a su padre.*)

REV. S — Ah, en ese caso tendré mucho... gusto. Supongo que conoce personalmente al duque de Bedford.

FRANK. —Son amigos íntimos. Le podemos dejar el cuarto de Georgina.

LA SEÑORA WARREN — Bueno, ya está arreglado. Ahora, ¡ojalá llegaran esos dos para cenar! No tienen derecho a andar por ahí en la obscuridad.

CROFTS (*agresivo*) — ¿Qué daño le hacen a usted?

LA SEÑORA WARREN — Me hagan daño o no, no me gusta.

FRANK — Más vale no esperarlos, señora. Praed se retrasará todo lo que pueda. Hasta ahora no había paseado en el campo en una noche de verano con mi Vivie.

CROFTS (*incorporándose consternado*) — ¡Y usted sí lo sabe! ¡Vamos, hombre!

REV. S. (*a quien el sobresalto saca de sus modales profesionales para hacerlo hablar con vigor y sinceridad*) — Frank, de una vez por todas, no digas eso. La señora Warren te dirá que no se puede ni pensar.

CROFTS — ¡Claro que no!

FRANK (*con encantadora placidez*) — ¿De veras, señora?

LA SEÑORA WARREN (*pensativamente*) — No lo sé, Sam. Si la muchacha quiere casarse, de obligarla a seguir soltera no puede salir nada bueno.

REV. S. (*asombrado*) — ¡Pero casarse con él! ¡Casarse su hija con mi hijo! Piénselo: es imposible.

CROFTS — Claro que es imposible. No diga tonterías, Kitty.

LA SEÑORA WARREN (*picada*) — ¿Por qué no? ¿No es mi hija digna de su hijo?

REV. S — Estoy seguro, señora, que sabe usted la razón...

LA SEÑORA WARREN (*desafiante*) — No conozco ninguna. Si sabe usted alguna, puede usted decírsela al muchacho, o a la muchacha, o a sus feligreses, si quiere.

REV. S. (*sin poder decir nada*) — Usted sabe perfectamente que a nadie podría decirle las razones. Pero mi hijo me creerá si le digo que existen.

FRANK. —Muy bien, papá; te creerá. Pero, ¿acaso en la conducta de tu hijo han influido alguna vez tus razones?

CROFTS. —No puede usted casarse con ella, y no hay nada más que decir. (*Se levanta y se queda de espaldas al hogar y con el ceño fruncido.*)

LA SEÑORA WARREN (*volviéndose para atacarlo*) — ¿y usted qué tiene que ver en eso?

FRANK (*con su más delicada cadencia lírica*) — Eso es precisamente lo que yo iba a preguntar con mi gracia habitual.

CROFTS (*a la señora Warren*). —Me figuro que no querrá usted que su hija se case con un hombre más joven que ella y que no tiene ni profesión ni veinte centavos para mantenerla. Pregúntele a Sam, si a mí no me cree. (*Al Rev. S.*) ¿Cuánto más le va usted a dar?

REV. S — Ni un penique. Recibió su patrimonio y lo acabó de despilfarrar en julio. (*A la señora Warren se le cae el alma a los pies.*)

CROFTS (*observándola*) — Ya se lo decía yo. (*Vuelve a sentarse donde antes en el diván y pone otra vez las piernas en el asiento como si el asunto quedara resuelto.*)

FRANK (*quejosamente*) — Esto es demasiado mercenario. ¿Suponen ustedes que Vivie se va a casar por dinero? Nos queremos...

LA SEÑORA WARREN — Gracias. Su amor es un artículo muy barato, amigo mío. Si no puede usted sostener a una mujer, la cosa está resuelta: no puede casarse con Vivie.

FRANK (*muy regocijado*) — ¿Qué dices, padre?

REV. S — Estoy de acuerdo con la señora.

FRANK — Y el buen anciano de Crofts ya opinó.

CROFTS (*volviéndose enojado, apoyándose en el codo*) — No me gustan esas insolencias.

FRANK (*intencionalmente*) — Siento mucho fastidiarlo, Crofts, pero usted se ha permitido hablarme como un padre hace un momento. Con un padre me basta, gracias.

CROFTS (*desdeñosamente*) — ¡Bah! (*Se vuelve a su posición anterior.*)

FRANK (*levantándose*).-- Señora: ni siquiera por usted puedo renunciar a mi Vivie.

LA SEÑORA WARREN (*entre dientes*) — ¡Canallita!

FRANK (*prosiguiendo*). —Y como usted tiene sin duda otros planes para ella, me apresuraré a plantearle a ella mi caso. (*Todos se le quedan mirando y Frank se pone a declamar graciosamente:*) Como dice el poema del marqués de Montrose: O él teme demasiado a su destino / O sus méritos son pocos, / Si no se atreve a arriesgarlo todo / En una sola jugada.

*Mientras recita se abre la puerta de la casa y entran Vivie y Praed. Frank se calla. Praed deja su sombrero en el aparador. Inmediatamente la reunión gana en corrección. Crofts baja las piernas del diván y se sienta correctamente cuando Praed se le une delante del hogar. La señora Warren pierde su desenvoltura y se refugia en la disputa.*

LA SEÑORA WARREN — ¿En dónde has estado, Vivie?

VIVIE (*quitándose el sombrero y arrojándolo descuidadamente a la mesa*) — En la colina.

LA SEÑORA WARREN — No deberías desaparecer sin avisar. ¿Cómo no voy a pensar que algo te pasó..., especialmente al oscurecer?

VIVIE (*yendo hacia la puerta de la habitación interior y abriéndola sin hacerle caso a su madre*) — ¿Vamos a cenar? Me temo que vamos a estar un poco amontonados.

LA SEÑORA WARREN — ¿No me oíste?

VIVIE (*suavemente*) — Sí, mamá. (*Volviendo a la dificultad de la cena.*) ¿Cuántos somos? (*Contando.*) Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Bueno; dos tendrán que esperar hasta que terminen los otros; la señora Alison no tiene platos y cubiertos más que para cuatro.

PRAED — No se preocupen por mí. Yo...

VIVIE — Usted viene de un largo paseo y tiene hambre, señor Praed; cenará usted en seguida. Yo puedo esperar, y quiero que otro espere conmigo. ¿Tienes hambre, Frank?

FRANK — Absolutamente, nada...; he perdido completamente el apetito.

LA SEÑORA WARREN (*a Crofts*) — Tampoco usted tiene hambre, George. Puede esperar.

CROFTS — ¡Si no he comido nada desde la hora del té! ¿No puede esperar Sam?

FRANK — ¿Dejaría usted a mi pobre padre muriéndose de hambre?

REV. S. (*con impertinencia*) — Permítame que hable por mí mismo, señor mío. Estoy perfectamente dispuesto a esperar lo que sea.

VIVIE (*decisivamente*) — No hay necesidad. No hacen falta más que dos. (*Abre la puerta que da al interior.*) ¿Quiere usted llevar a mi madre, señor Gardner? (*El Rev. S. da el brazo a la señora Warren y entran los dos. Les siguen Praed y Crofts. Todos menos Praed desaprueban ese arreglo pero ignoran cómo resistirse. Vivie se queda en el umbral siguiéndolos con la mirada.*) Hágase flaco para pasar por ese rincón, señor Praed; hay poco espacio. Cuidado con su saco contra el enyesado..., muy bien. ¿Están cómodos?

PRAED (*dentro*) — Sí, gracias.

LA SEÑORA WARREN (*dentro*) — Deja la puerta abierta, hijita. (*Frank mira a Vivie, después se desliza hacia la puerta de la casa y la abre suavemente.*) ¡Dios, qué corriente! Más vale que cierres la puerta, hijita. (*Vivie se apresura a cerrarla. Frank cierra sin ruido la puerta de la casa.*)

FRANK (*alborozado*) — ¡Jajay! Nos hemos librado de ellos. Bueno, Vivvum, ¿qué te parece mi padre?

VIVIE (*preocupada y seria*) — Apenas hemos cruzado palabra. No me parece una persona extraordinariamente inteligente.

FRANK — El viejo no es tan bobo como parece. Es párroco aquí, y como debe estar a la altura, se hace el asno mucho más de lo que es. No; mi padre no es tan malo, pobre viejito, y a mí no me disgusta tanto como tú pudieras suponer. Sus intenciones son buenas. ¿Cómo crees que te entenderás con él?

VIVIE (*un poco sombríamente*) — No creo que mi vida futura tenga mucho que ver con él o con ninguno de los del viejo círculo de mi madre, excepto tal vez Praed. ¿Qué piensas tú de mi madre?

FRANK — ¿Quieres mi verdadera opinión?

VIVIE — Sí, tu verdadera opinión.

FRANK — Es muy divertida, pero hay que andarse un poco con cuidado con ella, ¿verdad? ¿Y Crofts? ¡Hay que ver, Crofts!

VIVIE — ¡Qué gente, Frank!

FRANK — ¡Qué pandilla!

VIVIE (*despreciándolos intensamente*) — Si yo creyera que soy así..., una persona ociosa que va de comida en comida, sin propósitos, sin carácter, sin energía, me cortarían una arteria y me desangraría sin titubear un instante.

FRANK. -- Oh, no, no harías eso. ¿Por qué trabajar, cuando pueden permitirse no hacer nada? Ojalá tuviera yo esa suerte. No: a lo que me opongo yo es a su actitud, no al fondo. Es una actitud desastrada, desastradísima.

VIVIE — ¿Crees tú que tu actitud será mejor cuando llegues a la edad de Crofts, si no trabajas?

FRANK — Claro que sí..., mucho mejor. Vivvum, no debes sermonear a tu chico incorregible. (*Intenta tomarla acariciadoramente de la cara.*)

VIVIE (*golpeándole secamente en las manos*). —No me toques. Vivvum no está para caricias de su chico esta noche.

FRANK — ¡Qué poca amabilidad!

VIVIE (*furiosa contra él*) — Ponte serio. Yo estoy seria.

FRANK — Bien. Hablemos científicamente. Señorita Warren: ¿sabe usted que todos los pensadores más avanzados están de acuerdo en que la mitad de las enfermedades de la civilización moderna se deben a que los jóvenes están hambrientos de afecto? Yo...

VIVIE (*no dejándolo seguir*) — Estás muy pesado. (*Abre la puerta interior.*) ¿Hay sitio para Frank? Se queja de estar muerto de hambre.

LA SEÑORA WARREN — ¡Claro que hay! (*Se oye un tintineo de cuchillos y de copas cuando mueve cosas en la mesa.*) Aquí hay sitio a mi lado. Venga, señor Frank.

FRANK (*aparte a Vivie, al pasar*) — Vivvum se las va a pagar a su chico por esto.

LA SEÑORA WARREN (*dentro*) —Ven tú también, Vivie. Debes de estar hambrienta. (*Entra seguida de Crofts, que sostiene abierta la puerta para Vivie con marcada deferencia. Vivie sale sin mirarlo, y Crofts cierra después la puerta.*) No ha terminado usted, Crofts; no comió nada.

CROFTS — Lo único que quería era beber algo. (*Mete las manos en los bolsillos y se pone a caminar de un lado para otro, intranquilo y ceñudo.*)

LA SEÑORA WARREN — Yo como bastante, pero ese asado frío y esa lechuga no son para engolosinarse. (*Con un suspiro por no haberse llenado más que a medias, se sienta lánguidamente a la mesa.*)

CROFTS — ¿Por qué le da usted alas a ese jovencito?

LA SEÑORA WARREN (*en guardia instantáneamente*) — Mire usted, George: ¿qué se propone con mi niña? He estado observando cómo la mira. Recuerde que lo conozco y que sé lo que sus miradas significan.

CROFTS — Con mirarla no se le hace daño.

LA SEÑORA WARREN — Si cometiera alguna de sus tonterías, lo echaría de aquí y lo mandaría pronto a Londres. Un cabello de mi hija me importa más que todo su cuerpo y toda su alma. (*Crofts oye esto con una burlona sonrisa. La señora Warren, que se sonroja un poco al ver que fracasa al imponerse a Crofts en su papel de madre teatralmente celosa, añade en voz más baja:*) Tranquilícese: el cachorro no tiene más probabilidades que usted.

CROFTS — ¿No puede un hombre estar interesado en una chica?

LA SEÑORA WARREN — Un hombre como usted, no.

CROFTS — ¿Cuántos años tiene?

LA SEÑORA WARREN — Los que a usted no le importan.

CROFTS — ¿Por qué quiere guardar el secreto de la edad de su hija?

LA SEÑORA WARREN — Porque me da la gana.

CROFTS — Bueno, yo no llego todavía los cincuenta, y mi fortuna está tan sólida como siempre...

LA SEÑORA WARREN (*interrumpiéndolo*) — Sí: porque es usted tan tacaño como vicioso.

CROFTS (*continuando*). —Y no se encuentra todos los días un hombre con título de barón. Ningún hombre de mi posición la aceptaría a usted como suegra. ¿Por qué no deja que su hija se case conmigo?

LA SEÑORA WARREN — ¡Con usted!

CROFTS — Podríamos vivir cómodamente los tres. Yo moriría antes que ella y la dejaría viuda llena de vigor y con abundante dinero. ¿Por qué no? Lo he estado pensando todo el tiempo mientras paseaba con ese majadero.

LA SEÑORA WARREN (*sublevada*) — Sí, en esa clase de cosas suele usted pensar. (*Crofts se detiene en su caminar de un lado para otro, y los dos se miran: la señora Warren lo mira fijamente, con una especie de espanto detrás de su desdeñosa aversión; Crofts la mira furtivamente con un resplandor carnal en la mirada y una vaga sonrisa que tienta a la señora Warren.*)

CROFTS (*repentinamente ansioso y sintiendo urgencia al no ver signos de simpatía en la*

*señora Warren*) — Mire usted, Kitty. Es usted una mujer sensata y no necesita revestirse de moralidad. No haré más preguntas y no necesitaré contestar nada. Yo pondré toda mi fortuna a nombre de su hija, y si quiere usted un cheque para usted el día de la boda, puede sugerir la cantidad..., dentro de lo razonable.

LA SEÑORA WARREN — ¡Bah! Usted también ha acabado en eso, como todos los carcomidos.

CROFTS (salvajemente) — ¡Maldita sea! (La señora Warren se levanta y se vuelve ferozmente contra él, pero en ese momento se abre la puerta interna y se oyen las voces de los demás, que vuelven. Crofts, incapaz de recobrar su presencia de ánimo, sale apresuradamente de la casa. Entra el sacerdote.)

REV. S. (mirando alrededor) — ¿Dónde está Sir George?

LA SEÑORA WARREN — Ha salido a fumar una pipa. (Se di-rige al hogar y da la espalda al Rev. S. para dominarse. El reverendo va a la mesa a coger su sombrero. Entretanto entra Vivie seguida de Frank, que se deja caer en la silla más cercana como si estuviera extenuado. La señora Warren se vuelve para mirar a Vivie y le dice acentuando aún más su afectación de protección maternal:) ¿Has cenado bien, hijita?

VIVIE — Ya sabes lo que son las cenas de la señora Alison. (Se vuelve hacia Frank y le hace una caricia.) ¡Pobre Frank! ¿Se había acabado la carne? ¿No te han dado más que pan, que-so y una limonada? (Seriamente, como si ya hubiera bromeado bastante para una noche.) Su manteca es verdaderamente espantosa. Tendré que traerla yo del almacén.

FRANK — Tráela, por Dios.

Vivie va al escritorio y toma nota para comprar manteca. Praed entra de la otra habitación doblando el pañuelo que ha usado como servilleta.

REV. S — Frank, hijo, mío, ya es hora de que empecemos a pensar en ir a casa. Tu madre no sabe todavía que tenemos huéspedes.

PRAED. - Me temo que los vamos a molestar.

FRANK — Nada de eso, Praed; mi madre estará encantada de verlo. Es una mujer auténticamente intelectual y artística, y aquí no ve en todo el año más que al padre, de modo que ya pueden figurarse lo que se aburre. (Al Rev. S.) Tú no eres ni intelectual ni artista, ¿verdad, páter? Lleva en seguida a casa a Praed y yo me quedaré para entretener a la señora Warren. Con Crofts te encontrarás en el jardín. Será excelente compañía para el cachorro grande.

PRAED (cogiendo el sombrero en el aparador y acercándose mucho a Frank) — Venga con nosotros, Frank. Hace mucho tiempo que la señora Warren no ve a su hija y hasta ahora les hemos impedido que tengan un momento para ellas mismas.

FRANK (bastante ablandado y mirando a Praed con romántica admiración) — Es verdad; lo había olvidado. Le agradezco que me lo haya recordado. Perfecto caballero, Praddy. Siempre ha sido mi ideal en la vida. (Se levanta para irse, pero se detiene un momento entre las dos personas mayores y pone una mano en un hombro de Praed.) ¡Ah, si hubiera sido usted mi padre en vez de este indigno viejo! (Pone la otra mano en el hombro de su padre.)

REV. S. (ruidosamente) — Silencio, señor mío, silencio. Es usted un irreverente.

LA SEÑORA WARREN (riéndose cordialmente) — Lo debería usted meter en cintura, Sam. Buenas noches. Lleve a George su sombrero y su bastón con mis saludos.

REV. S. (cogiéndolos) — Buenas noches. (Se estrechan la mano. Al pasar al lado de Vivie le estrecha también la mano y le da las buenas noches. Después, en una orden sonora, a Frank:) Vámonos ahora mismo, señor mío. (Sale. Entretanto Frank ha cogido su gorra del colgador y su rifle del aparador. Praed da la mano a la señora Warren y a Vivie y sale. La señora Warren lo acompaña lentamente hasta la puerta y lo sigue después con la mirada mientras Praed cruza el jardín. Frank suplica silenciosa-mente un beso a Vivie, pero Vivie lo rechaza con una mirada seria, toma del escritorio un par de libros y papel y se sienta a la mesa del centro como para aprovechar la lámpara.)

FRANK (en el umbral, tomando de una mano a la señora Warren) — Buenas noches, señora. (Le da la mano y la señora Warren la retira apretando los labios y con expresión de más que medio dispuesta a darle una bofetada. Frank se ríe picaresca-mente y sale corriendo y cerrando la puerta.)

LA SEÑORA WARREN (ocupando su sitio de antes a la mesa, frente a Vivie, y resignándose a una velada de aburrimiento ahora que los hombres se han ido) — ¿Has conocido en tu vida a alguien que alborote tanto? ¡Qué burlón es! (Se sienta.) A pro-pósito, hija mía; no le des ánimo. Estoy segura de que no sirve para nada.

VIVIE — Si; me temo que sea un perfecto inútil. Tendré que librarme de él, pero, aunque no se lo merece, el pobre me da pena. Tampoco ese Crofts creo que sirva para mucho, ¿eh?

LA SEÑORA WARREN (molesta por el frío tono de Vivie) — ¿Qué sabes tú de hombres, chiquilla, para hablar así? Tendrás que decidirte a ver bastante a Sir George Crofts, porque es amigo mío.

VIVIE (impasible) — ¿Por qué? ¿Esperas que estemos mucho juntos... él y yo?

LA SEÑORA WARREN (mirándola fijamente) — Naturalmente..., hasta que te cases. No vas a volver a la universidad.

VIVIE — ¿Crees que mi manera de vivir te va a gustar? Lo dudo.

LA SEÑORA WARREN — ¡Tu manera de vivir! ¿Qué quieres decir?

VIVIE (cortando una página del libro con el cortaplumas que lleva en el dije) — ¿Se te ha ocurrido alguna vez que también yo tengo, como todo el mundo, mi manera de vivir?

LA SEÑORA WARREN — ¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Quieres demostrar tu independencia, ahora que eres un personajillo en la universidad? No seas tonta, hija mía.

VIVIE (indulgentemente) — ¿Es eso todo lo que tienes que decir sobre el asunto?

LA SEÑORA WARREN (perpleja, después enojada). —No me hagas preguntas de esa clase. (Violentemente.) Contén la lengua. (Vivie sigue trabajando sin perder tiempo y sin decir nada.)

Tu manera de vivir; ¡vamos, hombre! ¿Qué más? (Vuelve a mirar a Vivie. No hay respuesta.) Tu manera de vivir será la que

Yo quiera, no lo dudes. (Otra pausa.) Ya he notado los aires que das desde el examen de honor, o como se llame. Si crees

que me vas a impresionar con esas cosas, te equivocas, y cuanto antes lo sepas, mejor. (Entre dientes.) ¡Todo lo que tengo que decir sobre el asunto! (Alzando de nuevo la voz, enojada:) ¿Sabe usted con quién está hablando, señorita?

VIVIE (mirándola sin levantar del libro la cabeza). —No. ¿Quién eres? ¿Qué eres?

LA SEÑORA WARREN (levantándose sin aliento) — ¡Desvergonzada!

VIVIE — Todo el mundo conoce mi reputación, mi posición social y la profesión a que pienso dedicarme. Yo no sé nada de ti. ¿Cuál es la manera de vivir que me invitas a compartir contigo y con Sir George Crofts?

LA SEÑORA WARREN — Ten cuidado. Voy a hacer algo que después lo lamentaremos las dos.

VIVIE (dejando a un lado los libros con fría decisión) — Bueno, cambiemos de conversación hasta que tú puedas afrontarla mejor. (Mirando críticamente a su madre.) Necesitas pasear y jugar un poco al tenis. Te hallas en muy mal estado físico; hoy no has podido subir veinte yardas cuesta arriba sin detenerte para jadear; y tus muñecas son rollos de grasa. Mira las mías. (Se las muestra.)

LA SEÑORA WARREN (después de mirar a Vivie sin saber qué decir, empieza a lloriquear) — Vivie...

VIVIE (poniéndose rápidamente de pie) — Por favor, no empieces a llorar. Todo menos eso. No puedo soportar los sollozos. Si sollozas saldré de aquí.

LA SEÑORA WARREN (lastimeramente) — ¿Cómo puedes ser tan dura conmigo, hija mía? ¿No tengo derechos sobre ti como madre?

VIVIE — ¿Eres mi madre?

LA SEÑORA WARREN (anonadada) — Si, soy tu madre. ¡Oh,

Vivie!

VIVIE — ¿Dónde están entonces nuestros parientes, mi padre, los amigos de la familia? Reclamas los derechos de madre. el derecho a llamarme tonta y chiquilla; el derecho a hablarme como no se atreve a hablarme en la universidad ninguna mujer que tenga autoridad sobre mí; y el de imponerme que conozca a un bruto en quien cualquiera puede ver el tipo del londinense más perverso. Antes de tomarme el trabajo de resistirme a esos derechos, lo mejor que puedo hacer es averiguar si tienen realidad.

LA SEÑORA WARREN (desconsolada, arrodillándose) — Oh, no, no. Calla, calla. Soy tu madre; lo juro. No puede ser que tú, mi propia hija, quiera volverse contra mí; no sería natural. Me crees, ¿verdad? Dime que me crees.

VIVIE — ¿Quién fue mi padre?

LA SEÑORA WARREN — No sabes lo que me preguntas. No puedo decírtelo.

VIVIE (resueltamente) — Si quieres, me lo puedes decir. Tengo derecho a saberlo, y sabes perfectamente que lo tengo. Puedes negarte a decírmelo, si quieres; pero, si te niegas, mañana será el último día en que me verás.

LA SEÑORA WARREN — Oh, es horrible oírte hablar así. No será verdad..., no podrías dejarme...

VIVIE (implacablemente) — Si, sin titubear un momento si juegas conmigo sobre esto. (Estremeciéndose de asco.) ¿Cómo

puedo estar segura de no tener en mis venas la contaminada sangre de esa bestia?

LA SEÑORA WARREN — No, no. Te juro que no es él ni ninguno de los demás que has conocido. Al menos de eso estoy se-gura. (Los ojos de Vivie se fijan en su madre al comprender instantáneamente el significado de sus palabras.)

VIVIE (lentamente) — ¡Estás segura de eso, al menos! ¡Ah! Quieres decir que es de lo único de que estás segura. (Pensativamente.) Ya lo comprendo., (La señora Warren hunde la cara en las manos.) No hagas eso, mamá; ya sabes que no sientes absolutamente nada. (La señora Warren baja las manos y mira deplorablemente a Vivie, que saca el reloj y dice:) Bueno, basta

por esta noche. ¿A qué hora quieres desayunar? ¿Las ocho y media será demasiado temprano?

LA SEÑORA WARREN (violentamente) — Por Dios, ¿qué clase    mujer eres?

VIVIE (fríamente) — La clase de mujer que forma la mayor parte del mundo, me figuro yo. De otro modo no sé cómo podría funcionar. Vamos (tomando a su madre de una muñeca y tirando de ella con cierta resolución), domínate. Eso es.

LA SEÑORA WARREN (en tono de reproche) — Eres muy brusca conmigo, Vivie.

VIVIE — ¡Qué tontería! ¿Por qué no te acuestas? Son más de las diez.

LA SEÑORA WARREN (apasionadamente) — ¿De qué me va a servir acostarme? ¿Crees que voy a poder dormir?

VIVIE — ¿Por qué no? Yo dormiré bien.

LA SEÑORA WARREN — ¡Tú! Tú no tienes corazón. (De repente estalla con vehemencia en su idioma natural —el dialecto de una mujer del pueblo—, desaparecidas todas las afectaciones de autoridad maternal y de modales convencionales, y con una abrumadora inspiración de verdadera convicción.) No estoy dispuesta a soportarlo, no estoy dispuesta a aguantar esta injusticia. ¿Qué derecho tienes tú a ponerte por encima de mí? Te jactas ante mí de lo que eres..., ante mí, que te he dado la posibilidad de ser lo que eres. ¿Qué posibilidades tuve yo? Deberías avergonzarte de ser una mala hija y una rigurosa puritana.

VIVIE (fría y resuelta, pero ya no confiada, porque sus res-puestas, que hasta entonces le parecían a ella misma convincente-mente sensatas, le empiezan a parecer ahora huera y hasta pedantescas frente al nuevo tono de su madre). —No creas ni por un momento que yo me pongo por encima de ti en ningún sentido. Tú me has atacado con la convencional autoridad de una

madre; yo me he defendido con la convencional superioridad de una mujer respetable. Francamente, no estoy dispuesta a aguantar ninguna de tus tonterías, y cuando prescindas de ellas no esperaré que aguantes las mías. Siempre respetaré tu derecho a tus propias opiniones y a tu propia manera de vivir.

LA SEÑORA WARREN — ¡Mis propias opiniones y mi propia manera de vivir! ¡Eso es hablar! ¿Crees que me crié como tú... pudiendo elegir mi manera de vivir? ¿Crees que hice lo que hice porque me gustaba o porque me parecía bien, y que no habría preferido ir a una universidad y ser una señora si hubiera podido?

VIVIE — Todo el mundo tiene algo que elegir, mamá. La chica más pobre del mundo no podrá quizás elegir entre ser reina de Inglaterra o directora de Newnham; pero puede elegir entre recoger trapos viejos y vender flores, según su gusto. Siempre se echa a las circunstancias la culpa de lo que se es. Yo no creo en circunstancias. Las personas que prosperan en el mundo son las que se levantan y buscan las circunstancias que quieren, y si no las encuentran las crean.

LA SEÑORA WARREN — Oh, es muy fácil hablar, muy fácil, ¿verdad? ¿Quieres saber cuáles fueron mis circunstancias?

VIVIE — Si; mejor será que me lo digas. ¿No quieres sentarte?

LA SEÑORA WARREN — Me sentaré; no tengas miedo. (Adelanta la silla con resuelta energía y se sienta. A Vivie no puede menos de impresionarle.) ¿Sabes lo que fue tu abuela?

VIVIE — NO.

LA SEÑORA WARREN — No, no lo sabes. Pero yo sí lo sé. Se decía viuda y tenía una freiduría de pescado en el Mint y con su producto se sostenía y sostenía a cuatro hijas. Dos, Liz y yo, éramos hermanas, las dos bonitas y bien formadas. Me figuro que nuestro padre era un hombre bien alimentado; mi madre pretendía que era un caballero, pero yo no lo sé. Las otras dos no eran más que hermanastras; eran raquíticas, feas, con cara de hambre, muy trabajadoras y decentes. Liz y yo casi las hubiéramos asesinado si nuestra madre no nos hubiera casi asesinado para que no les hiciéramos nada. Ellas eran las respetables, pero ¿qué consiguieron con su respetabilidad? Te lo diré. Una de ellas trabajó en una fábrica de albayalde doce horas diarias por nueve chelines semanales hasta que murió envenenada. Lo único que ella esperaba era que le quedarían un poco paralíticas las manos, pero murió. A la otra nos la ponían siempre como modelo porque se casó con un obrero del Gobierno que trabajaba en el depósito de suministros de Deptford y con dieciocho semanales tenía limpia su piecita y sus tres hijos..., hasta que su marido se dio a la bebida. Resultado de ser respetables, ¿verdad?

VIVIE (pensativamente atenta) — ¿Eso os pareció a tu hermana y a ti?

LA SEÑORA WARREN — A Liz, no, te lo aseguro. Tenía más temple. Las dos fuimos a la escuela parroquial...; eso era parte de los aires de señoritas que nos dábamos para ser superiores a los niños que no sabían nada ni iban a ninguna parte... y nos quedamos allí hasta que Liz salió una

noche y no volvió más. Sé que la maestra creía que yo seguiría pronto su ejemplo, porque el pastor siempre me decía que Lizzie acabaría tirándose al río desde el puente de Waterloo. Pobre diablo: eso era lo único que sabía de esas cosas. Pero yo tenía más miedo a la fábrica de albayalde que al río, y también tú lo hubieras tenido en mi lugar.

El pastor me encontró empleo de lavaplatos en un restaurante donde no podían expender bebidas directamente; pero podían mandar a buscar fuera todas las que se quisiera. Luego fui camarera y después serví en el bar de la estación de Waterloo: catorce horas diarias sirviendo bebidas y lavando platos por cuatro chelines semanales y la comida. Me dijeron que eso era un gran as-censo. Pues bien, una noche fría, espantosa, cuando estaba tan cansada que apenas podía mantenerme despierta, ¿quién crees que vino a comprar media botella de whisky? Lizzie, envuelta en un largo y elegante abrigo de pieles y con muchas libras esterlinas en su cartera.

VIVIE (sombríamente) — ¡Mi tía Lizzie!

LA SEÑORA WARREN — Si, y muy buena tía por cierto. Ahora vive en Winchester, muy cerca de la catedral, y es una de las señoras más respetables de la localidad... Hasta acompaña a las chicas a los bailes, si quieres saberlo. ¡Nada de río para Lizzie! Tú me la recuerdas un poco. Era una mujer de primer orden para los negocios...; desde el principio ahorró dinero...; conseguía no tener del todo el aspecto de lo que era...; nunca perdió la cabeza ni dejó pasar una oportunidad. Cuando vio que yo era ya una mujercita bien parecida me dijo desde el otro lado del mostrador: «¿Qué haces aquí, tonta, perdiendo la salud y afeándote para que ganen otros?» Liz estaba ahorrando entonces para tener una casa propia en Bruselas y pensó que dos podían ahorrar más que una y me prestó dinero para darme un empujón. Yo ahorré con constancia y empecé por devolverle lo que le debía y después me asocié a ella en el negocio. ¿Por qué no iba a asociarme? La casa de Bruselas era de primera clase..., mucho mejor sitio para una mujer que la fábrica donde Jane se envenenó. A ninguna de nuestras chicas las tratamos nunca como me trataron a mí en el fregadero del restaurante, o en el bar de la estación, o en casa. ¿Te hubiera parecido mejor que me hubiese quedado en cualquiera de aquellos sitios para ser una vieja ruina antes de los cuarenta?

VIVIE (muy interesada ya) — No, pero ¿por qué elegiste ese negocio? Ahorrando y administrando bien se prospera en cualquiera.

LA SEÑORA WARREN — ¡Sí, ahorrando! Pero, ¿dónde puede una mujer encontrar dinero para ahorrar en otro negocio? ¿Podrías tú, con cuatro chelines semanales, ahorrar además de vestirse? No. Claro que si se es una mujer vulgar y no se puede ganar nada más, o si se tiene talento para la música, o para el teatro, o para escribir en los diarios, la cosa varía. Pero ni Liz ni yo teníamos talento para esas cosas: lo único que teníamos era nuestro aspecto y el don de agradar a los hombres. ¿Crees que íbamos a ser tan imbéciles como para permitir que otras personas comerciaran con nuestra belleza empleándonos de vendedoras, o taberneras, o camareras, cuando nosotras mismas podíamos comerciar con ella y quedarnos con todas las ganancias en vez de obtener salarios de hambre? No por cierto.

VIVIE — Estabais perfectamente justificadas... desde el punto de vista comercial.

LA SEÑORA WARREN — Si, o desde cualquier otro. ¿Qué va a hacer una chica respetable a quien no le han enseñado más que a conquistar a algún hombre rico para beneficiarse de su dinero casándose con él... como si la ceremonia de la boda pudiera alterar lo que haya de bueno o de malo en ello? ¡Oh, la hipocresía del mundo me da náuseas! Liz y yo tuvimos que trabajar, ahorrar y calcular como los demás; si no, hubiéramos sido como cualquier borracha inútil que cree que la buena suerte le va a durar eternamente. (Con gran energía.) Desprecio a esas personas. No tienen carácter, y si hay algo que detesto en una mujer es la falta de carácter.

VIVIE — Vamos, vamos, mamá; hablemos francamente. ¿No entra en lo que tú llamas carácter en una mujer el que debería disgustarle mucho esa manera de hacer dinero?

LA SEÑORA WARREN — Claro que sí. A todo el mundo le disgusta tener que trabajar y ganar dinero, pero no por eso pueden evitarlo. Muchas veces he compadecido a las pobres chicas que, estando cansadas y deprimidas, tienen que procurar complacer a algún hombre que no les importa un comino..., a algún imbécil medio borracho que cree que se hace simpático cuando se burla y molesta y da a una mujer tantas náuseas que casi con todo el dinero del mundo no se le puede compensar. Pero tiene que soportar a los desagradables y estar a las verdes Y a las maduras, como una enfermera en un hospital o como cualquier otra persona. Dios sabe que no es trabajo que una mujer haría por gusto, aunque al oírles a personas de sentimientos religiosos se diría que es un lecho de rosas.

VIVIE — A ti, sin embargo, te parece que vale la pena. Produce.

LA SEÑORA WARREN — Claro que vale la pena para una chica pobre, si sabe resistir tentaciones y es bonita y sensata y se administra bien. Es mejor que cualquier otra ocupación a su alcance. Siempre he pensado que no debería ser así. No puede ser justo, Vivie, que las mujeres no tengan mejores oportunidades. Lo repito: es injusto. Pero justo o injusto, así es, y las chicas deben sacar el mayor partido posible. Claro que no vale la pena para una señorita. Si lo hicieras tú serías una tonta, pero yo habría sido una tonta si me hubiera dedicado a otra cosa.

VIVIE (cada vez más profundamente emocionada) — Mamá: supón que fuéramos nosotras dos tan pobres como eras tú en aquellos espantosos tiempos; ¿estás segura de que no me aconsejarías que probara el bar de la estación, o que me casara con un jornalero, o hasta que fuera a una fábrica?

LA SEÑORA WARREN — Claro que no. ¿Por qué clase de madre me tienes? ¿Cómo podrías mantener tu propia estimación muriéndote de hambre en la esclavitud? ¿Y qué vale una mujer, qué vale la vida, sin propia estimación? ¿Por qué soy yo independiente y puedo dar a mi hija una educación de primera clase cuando otras mujeres que tuvieron tantas oportunidades como yo están en el arroyo? Porque siempre supe respetarme a mí misma y dominarme. ¿Por qué está Liz bien considerada en una ciudad episcopal? Por la misma razón. ¿En dónde estaríamos ahora si hubiéramos hecho caso a las estupideces del pastor de la iglesia? Fregando suelos, y ganando seis

peniques al día, sin más porvenir que la enfermería del asilo. No te dejes descarriar por personas que no conocen el mundo, hija mía. La única forma en que una mujer puede ganar para vivir decorosamente es la de ser buena con un hombre que dispone de medios para ser bueno con ella. Si es de su propia condición social, que se case con él; pero si es de condición muy inferior no puede esperar casarse..., ¿por qué va a esperar? No sería más feliz si se casara. Pregúntaselo a cualquiera de las señoras de la buena sociedad de Londres que tengan hijas y te dirá lo mismo, sólo que yo lo digo claramente y ella lo deformará. Esa es toda la diferencia.

VIVIE (fascinada mirando a su madre) — Eres una mujer admirable, mamá... más fuerte que toda Inglaterra. ¿De veras que no tienes ninguna duda... o que no te avergüenzas?

LA SEÑORA WARREN — Hija mía, avergonzándose no se hace más que demostrar tener buena educación, que es lo que se espera de una mujer. Las mujeres tienen que fingir muchas cosas que no sienten. Liz solía enojarse conmigo porque le decía brutalmente la verdad. Solía decirme que cuando toda mujer se ente-rara suficientemente de lo que ocurre en el mundo ante sus propios ojos, no habría necesidad de hablarle de ello. Pero es que Liz era una perfecta dama. Tenía verdadero instinto para serlo, mientras que yo fui siempre un poco vulgar. Me ponía contentísima cuando en los retratos que me mandabas veía que ibas haciéndote como Liz; eres resuelta y señorial como ella. Pero yo no puedo decir una cosa cuando todo el mundo sabe que quiero decir otra. ¿Qué objeto tiene esa hipocresía? Si la gente arregló el mundo de ese modo para las mujeres, no sirve para nada el fingir que está dispuesto de otro. Yo nunca he sentido realmente la menor vergüenza. Creo que tenía derecho a enorgullecerme de que todo lo hacíamos muy respetablemente, y de que nadie dijo nunca una palabra contra nosotras, y de que las chicas estaban muy bien cuidadas. A algunas les fue muy bien: una se casó con un embajador. Pero ahora no me atrevo a hablar de esas cosas; ¿qué dirían de nosotras? (Bosteza.) Hija mía, creo que al fin y al cabo tengo sueño. (Se estira perezosa-mente, completamente aliviada por la explosión y plácidamente dispuesta a descansar.)

VIVIE — Creo que ahora la que no va a poder dormir soy yo. (Va al aparador y enciende la vela. Después apaga la lámpara, dejando la habitación bastante más oscura.) Mejor será que entre aire fresco antes de cerrar. (Abre la puerta de la casa, y ve que hay hermosa luna.) ¡Qué hermosa noche! Mira. (Corre las cortinas de la ventana. Se ve el paisaje bañado en el reflejo radiante de la luna casi llena que se levanta sobre Blackdown.)

LA SEÑORA WARREN (dirigiendo una mirada fugaz al paisaje) — Sí, hija mía, pero ten cuidado con no enfriarte en el aire de la noche.

VIVIE (desdeñosamente) — ¡Qué tontería!

LA SEÑORA WARREN (en tono maternal) — Sí, todo lo que digo te parece una tontería.

VIVIE (volviéndose rápidamente hacia ella). —No, no es así, mamá. Esta noche me has vencido aunque yo creí que vencería. Seamos amigas.

LA SEÑORA WARREN (meneando la cabeza un poco picarescamente) — Por lo visto no lo éramos. Pero me figuro que tendré que ceder. Siempre salía mal parada con Liz, y supongo que ahora me ocurrirá lo mismo contigo.

VIVIE — No importa. Vamos, buenas noches, mamá. (La estrecha en sus brazos.)

LA SEÑORA WARREN (cariñosamente) — Te he criado bien, ¿verdad, hija mía?

VIVIE — Sí.

LA SEÑORA WARREN — Y se lo pagarás a tu vieja madre siendo buena con ella, ¿verdad?

VIVIE — Sí, mamá. (Besándola.) Buenas noches.

LA SEÑORA WARREN (con unción) — Que Dios te bendiga, hija mía, con la bendición de una madre. (Besa protectora-mente a su hija, mirando instintivamente arriba como pidiendo una bendición.)

### Acto III

En el jardín parroquial, a la mañana siguiente, con un sol radiante y los pájaros en pleno canto. La pared del jardín tiene en el centro un portillo de madera de cinco travesaños, suficientemente ancho para permitir la entrada de un coche. Al lado del portillo cuelga de un alambre retorcido una campanilla que comunica con el llamador de afuera. El camino de coche desciende en medio del jardín y .tuerce después a la izquierda, donde termina en una plazoletita redonda y engravada, ante el atrio de la parroquia. Más allá del portillo se ve la carretera polvorienta, paralela a la pared, limitada en el otro lado por una franja de hierba y un bosque de pinos sin cerca. En el césped, entre la casa y el camino de coche, hay un tejo recortado, con un banco a su sombra.

El lado opuesto del jardín lo cierra un seto vivo; sobre el césped hay un reloj de sol con una silla de hierro cerca. Un senderillo lleva a través del seto detrás del reloj de sol.

Frank, sentado en la silla cercana al reloj de sol, sobre el cual ha dejado los diarios de la mañana, lee el Standard. Su padre sale de la casa, con ojos enrojecidos y con temblores, y recela frente a la mirada de Frank.

FRANK (mirando a su reloj) — Las once y media. Buena - hora para que un párroco baje a desayunar.

REV. S. — ¡Sh! No te burles, Frank, no te burles. Me siento un poco... un poco... (temblando).

FRANK — ¿Alicaído?

REV. S. (repudiando la expresión) — No, señor; no me siento bien esta mañana. ¿Dónde está tu madre?

FRANK — No te alarmes; no está aquí. Ha ido a Londres en el tren de las 11.13 con Bessie. Ha dejado varios recados para ti. ¿Te sientes con fuerzas para que te los dé ahora, o debo esperar a que hayas desayunado?

REV. S — Ya he desayunado. Me sorprende que tu madre haya ido a la ciudad cuando tenemos gente en casa. Les va a extrañar mucho.

FRANK. —Es posible que haya pensado en ello. De todos modos, si Crofts se queda y tú vas a estar todos los días hasta las cuatro de la mañana con él, recordando incidentes de vuestra turbulenta juventud, mi madre tiene el deber, como prudente ama de casa, de ir a los almacenes y encargar un barril de whisky y unos cientos de sifones.

REV. S. —No he observado que Sir George beba excesiva-mente.

FRANK — No estabas como para observarlo, padre. REV. S — ¿Quieres decirme que...?

FRANK (tranquilamente) — Nunca he visto un clérigo beneficiado menos sereno. Las anécdotas que contaste sobre tu vida eran tan espantosas que no creo que Praed hubiese pasado la noche en tu casa de no haber simpatizado tanto mi madre y él.

REV. S — Tonterías. Soy el anfitrión de Sir George. Tengo que hablarle de algo y él no tiene más que un tema. ¿Dónde está el señor Praed ahora?

FRANK — Ha llevado en el automóvil a mi madre y a Bessie a la estación.

REV. S — ¿Se ha levantado Crofts?

FRANK — Oh, hace mucho tiempo. No se le nota nada. Tiene más costumbre que tú...; probablemente la ha seguido desde entonces. Se ha ido a algún sitio a fumar. (Frank reanuda la lectura de su diario. El Rev. S. se dirige desconsolado hacia el portillo y vuelve irresoluto.)

REV. S — Oye..., Frank.

FRANK, — ¿Qué? REV. S — ¿Crees que las Warren esperan que las invitemos después de lo de ayer?

FRANK — Ya se las ha invitado. Crofts nos ha dicho en el desayuno que tú le pediste que trajera a la señora Warren y a Vivie y les dijera que aquí tenían su casa. Después de esa noticia mi madre pensó que tenía que ir a la ciudad en el tren de

las 11.13.

REV. S. (con desesperada vehemencia) — Yo no hice esa invitación. Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

FRANK (compasivamente) — ¿Cómo sabes, padre, lo que dijiste anoche? Hombre, aquí está Praed de vuelta.

PRAED (entrando por el portillo) — Buenos días.

REV. S — Buenos días. Le ruego me disculpe por no haberlo visto a la hora del desayuno. Tengo un poco de...

FRANK — Garganta de predicador, Praed. Afortunadamente no es crónica.

PRAED (cambiando de conversación). - De decir que su casa está en un lugar encantador, verdaderamente encantador.

REV. S.— Sí, es muy bonito. Frank lo acompañará a dar un paseo, si lo desea. Discúlpeme usted: tengo que aprovechar la oportunidad para escribir mi sermón mientras mi mujer está fuera y ustedes se divierten. No le importa, ¿verdad?

PRAED — De ninguna manera. No guarde usted la menor ceremonia conmigo.

REV. S — Gracias. Voy a... a... (tartajea mientras va hacia el porche y desaparece en la casa).

PRAED (sentándose en el césped cerca de Frank y encogiendo y abrazándose las rodillas) — Es curioso eso de tener que escribir un sermón todas las semanas.

FRANK — Sería curioso si los escribiera. Los compra. Ha ido a beber soda.

PRAED — Amigo mío: quisiera que se mostrase usted más respetuoso con su padre. Usted sabe ser muy amable cuando quiere.

FRANK — Olvida usted, querido Praddy, que tengo que vivir con el padre. Cuando dos personas viven juntas —no importa que sean padre e hijo, marido y mujer, hermano y hermanarlo pueden sostener esa cortés superchería que es muy fácil en vi-sitas de diez minutos. El padre, que suma a muchas admirables

cualidades domésticas la resolución de un borrego y la pomposidad y agresividad de un asno...

PRAED — Por favor, querido Frank, recuerde que es su padre.

FRANK. —Le reconozco el debido mérito. Pero imagínesele usted diciendo a Crofts que traiga a las Warren aquí. Debía de estar borracho como una cuba. No sé si sabe usted que mi madre no aguantaría ni un momento a la señora Warren. Vivie no debe venir aquí hasta que su madre haya vuelto a la ciudad.

. PRAED — Pero su madre no sabe nada de la señora Warren, ¿verdad?

FRANK — Lo ignoro. Su viaje parece indicar que sí. No es que le importase en el sentido corriente; se ha conducido muy bien con muchas mujeres que se vieron en dificultades. Pero todas eran mujeres finas. Ahí está la diferencia. La señora Warren tiene, sin duda, sus méritos, pero es muy alborotadora, y mi madre no está dispuesta a aceptarla. De modo que... ¡caramba! (Esta exclamación la provoca la reaparición del clérigo, que sale de la casa de prisa y acongojado.)

REV. S — Frank: la señora Warren y su hija vienen con Crofts; los he visto desde la ventana. ¿Qué voy a decirle a tu madre?

FRANK (poniéndose en pie de un enérgico salto) — Ponte el sombrero, sal y diles que estás encantadísimo de verlas; y que Frank está en el jardín; y que a mamá y a Bessie las han llamado a casa de un pariente enfermo, y que hemos sentido mucho no conseguir que se quedaran; y que esperas que habrán dormido bien; y diles... diles todo lo que se te ocurra menos la verdad y deja el resto a la Providencia.

REV. S — Pero ¿de qué modo nos vamos a librar de ellas después?

FRANK — Ahora no tenemos tiempo para pensar en eso. Espera. (Va en dos saltos al porche y vuelve inmediatamente con un sombrero de clérigo que le encasqueta a su padre.) Ahora, véte. Praed y yo nos quedaremos aquí para dar a todo ello un aire de impremeditación. (El clérigo, asombrado, pero obediente, se apresura a salir por el portillo. Praed se levanta y se sacude el polvo.)

FRANK — Tenemos que conseguir de algún modo que la viejaseñora vuelva a la ciudad, Praed. Vamos, Praddy, dígamelo sinceramente, ¿le gusta ver juntas a Vivie y a... su madre? PRAED — ¿Por qué no?

FRANK (con los nervios en tensión). — ¿No le pone a usted un poco carne de gallina ver a esa vieja bruja, que yo juraría capaz de todas las bajezas posibles, con Vivie? ¡Uf!

PRAED — Calle, hombre. Ahí vienen. (Se ve al clérigo y a Crofts venir por la carretera seguidos de la señora Warren y de Vivie, que caminan afectuosamente juntas.)

FRANK — Mire: Vivie toma de la cintura a su madre. Con el brazo derecho; es ella la que ha empezado. Se ha vuelto sentimental. (El clérigo abre el portillo. La señora Warren y Vivie pasan ante él y se quedan en el centro del jardín mirando a la casa. Frank, en un éxtasis de disimulo, se dirige alegremente a la señora Warren.) Encantado de verla, señora. En este viejo y tranquilo jardín de parroquia está usted en su elemento.

LA SEÑORA WARREN — ¡Caramba! ¿Ha oído eso, George? Dice que en un viejo y tranquilo jardín de parroquia estoy en mi elemento.

REV. S. (quien sigue sosteniendo el portillo para que pase Crofts, que lo hace lentamente con expresión de gran aburrimiento) — En todas partes está usted en su elemento.

FRANK — ¡Bravo, padre! Ahora, vamos a pasarlo bien hasta la hora de almorzar. Primero iremos a ver la iglesia. Todo el mundo tiene que verla. Es del siglo XIII; al padre le gusta mucho porque le dieron fondos para restaurarla y la reconstruyó completamente hace seis años. Praed podrá apreciar los detalles.

REV. S. (con untuosa hospitalidad) — Quedaré muy satis-fecho si a Sir George y a la señora Warren les interesa realmente.

LA SEÑORA WARREN — Oh, vamos y acabemos cuanto antes. A George le sentará bien; apostaría a que no molesta mucho en las iglesias.

CROFTS (volviéndose hacia el portillo). —No tengo ningún inconveniente.

REV. S — Por ahí no. Iremos a campo traviesa, si no tienen inconveniente. Por aquí. (Inicia la marcha por el senderito a través del seto.)

CROFTS — Oh, perfectamente. (Sale con el párroco. Les siguen Praed y la señora Warren. Vivie no se mueve; los sigue

con la mirada hasta que desaparecen. Los rasgos de su cara recalcan su resuelta actitud.)

FRANK — ¿No vienes?

VIVIE — No. Quiero hacerte una advertencia, Frank. Hace un momento te burlaste de mi madre cuando dijiste lo del jardín. Pues bien, te prohíbo burlarte de ella. Hazme el favor de tratarla con el mismo respeto que a tu madre.

FRANK — No lo apreciaría, querida Viv. No es como mi madre; el mismo trato no serviría en los dos casos. Pero, ¿qué demonios te ha pasado? Te he visto en una actitud sentimental, tomando a tu madre de la cintura.

VIVIE (sonrojándose) — ¡En una actitud sentimental! FRANK — Eso es lo que me ha parecido a mí. Es la primera vez que te veo cometer una ramplonería.

VIVIE (dominándose) — Si., Frank; ha habido un cambio, pero no creo que para peor. Ayer fui una pedante.

FRANK — ¿Y hoy?

VIVIE (retrocediendo, y después mirándolo fijamente).— Hoy conozco a mi madre mejor que tú.

FRANK — ¡No lo quiera Dios!

VIVIE — ¿Qué quieres decir?

FRANK — Entre las personas totalmente inmorales existe una masonería que tú ignoras. Tienes demasiado carácter. Ese es el lazo que nos une a tu madre y a mí; por eso la conozco mejor de lo que tú la conocerás nunca.

VIVIE — Te equivocas; no la conoces absolutamente nada. Si supieras las circunstancias contra las cuales tuvo que luchar...

FRANK (terminando hábilmente el párrafo) — Sabría por qué es lo que es, ¿verdad? ¿Y cuál sería la diferencia? Circunstancias o no circunstancias, Viv, no podrás aguantar a tu madre.

VIVIE (muy enojada) — ¿Por qué no?

FRANK — Porque es una calamidad. Si vuelves a tomarla de la cintura en mi presencia me mataré en el acto como protesta contra una exhibición que me repugna.

VIVIE — ¿Debo elegir entre dejar de tratar contigo y dejar de tratar con mi madre?

FRANK (graciosamente) — Pones en gran desventaja a tu madre. No, Viv; tu enamorado tendrá que seguir a tu lado pase lo que pase. Pero por lo mismo desea que no cometas equivocaciones. No puede ser, Viv; tu madre es imposible. Podrá ser simpática, pero es mala, muy mala.

VIVIE (vivamente) — ¡Frank! (Frank sostiene lo dicho. Vivie se aleja de él y se sienta en el banco, bajo el tejo, luchando por recobrar el dominio de sí misma. Después dice:) ¿Tiene que abandonarla todo el mundo por ser lo que tú llamas mala? ¿N.) tiene derecho a vivir?

FRANK — No tengas miedo, Viv; nunca la abandonarán. (Se sienta a su lado en el banco.)

VIVIE — Pero por lo visto tengo que abandonarla yo.

FRANK (puerilmente, arrullándola y haciéndole el amor con la voz) — No debes vivir con ella. El grupito familiar de madre e hija no tendría éxito. Estropearía el nuestro.

VIVIE (cayendo bajo el hechizo) — ¿Qué grupito?

FRANK — El de los niños en el bosque: Vivie y el pequeño Frank. (Desliza un brazo hacia la cintura de Vivie y se acurruca junto a ella como un niño cansado.) Cubrámonos con hojas.

VIVIE (rítmicamente, balanceándose como una niñera) — Para quedarnos dormidos, tomados de las manos, debajo de los árboles.

FRANK — La chica lista con su chico tonto.

VIVIE — El chiquillo querido con su chica vulgar.

FRANK — Pacíficamente, aliviados de la imbecilidad del padre del chico y de lo dudoso de la madre...

VIVIE (sofocando la palabra contra su pecho).— Sh... sh... sh... La chica quiere olvidar todo lo de su madre. (Se quedan en silencio acunándose mutuamente. Vivie se despierta con un sobresalto y exclama:) ¡Qué par de imbéciles somos! Vamos, siéntate. ¡Dios mío, tu pelo! (Se lo alisa.) ¿Juegan así, como niños, las personas mayores, cuando nadie las ve? Yo no jugaba así cuando era niña.

FRANK — Tampoco yo. Tú eres mi primer compañero de juegos. (Le toma una mano para besársela, pero se domina para mirar primero a su alrededor. Muy inesperadamente ve a Crofts que emerge del seto vivo.) ¡Maldito sea!

VIVIE — ¿Por qué maldices?

FRANK (en voz baja) — ¡Sh! Está ahí el animal de Crofts. (Se sienta un poco más lejos de ella con una expresión indifere-

rente.)

VivIE — No seas grosero con él, Frank. Yo quiero ser especialmente cortés. Le gustará a mi madre. (Frank tuerce un poco el gesto.)

CROFTS — ¿Puedo hablar unas palabras con usted, señorita Vivie?

VIVIE — Con mucho gusto.

CROFTS (a Frank). —Discúlpeme, Gardner. Lo esperan a usted en la iglesia.

FRANK (levantándose) — Haría cualquier cosa por darle gusto, Crofts, menos ir a la iglesia. Si quieres algo, Vivie, toca la campanilla del portillo y aparecerá un criado. (Entra en la casa con una imposible suavidad.)

CROFTS (observándolo astutamente mientras desaparece y acercándose a Vivie en la presunción de que está en una relación privilegiada con ella) — Es un chico simpático. Lástima que no tenga dinero.

VIVIE — ¿Le parece a usted?

CROFTS — ¿Qué va a hacer? No tiene profesión ni fortuna. ¿Para qué sirve?

VIVIE — Comprendo sus desventajas, Sir George.

CROFTS (un poco impresionado porque ha interpretado sus palabras con esa precisión) — Oh, no se trata de eso. Pero mientras estamos en este mundo, en este mundo estamos; y el dinero es dinero. (Vivie no replica.) Hermoso día, ¿eh?

VIVIE (con un desdén apenas velado hacia los esfuerzos de conversador de Crofts).— Mucho.

CROFTS (con brutal buen humor, como si le gustara el valor de Vivie) — Bueno, no es eso lo que he venido a decirle. (Afectando sinceridad.) Escúcheme: me doy perfecta cuenta de que no soy hombre para gustar a una chica joven.

VIVIE — ¿De veras?

CROFTS — y para decirle la honrada verdad, tampoco quiero serlo. Pero cuando digo algo lo digo en serio, y cuando siento algo lo siento de veras, y lo que aprecio lo pago bien. Así soy yo.

VIVIE — Le honra mucho, sin duda alguna.

CROFTS — Oh, no quiero elogiarme a mí mismo. Tengo mis defectos, bien lo sabe Dios; nadie los conoce mejor que yo. Sé que no soy perfecto; esa es una de las ventajas de tener cierta edad, porque no soy joven y lo sé. Pero mi código es sencillo y yo creo que bueno. Honor entre hombre y hombre, fidelidad entre hombre y mujer, y nada de hipocresías en esta religión o la otra, sino la sincera creencia en que las cosas, en conjunto, van mejorando.

VIVIE (con mordaz ironía). —«Un poder, no nosotros mismos, que impone la justicia», ¿eh?

CROFTS (tomándola en serio) — Oh, claro que nosotros mismos no. Ya me comprende usted. (Se sienta al lado de ella como quien ha encontrado un alma semejante.) Ahora hablemos de cosas prácticas. Usted podrá tener la idea de que yo he tirado el dinero a derecha e izquierda, pero no es cierto. Hoy soy más rico que cuando heredé mi fortuna. He utilizado mi conocimiento del mundo para invertir mi dinero en forma que a otros les ha pasado inadvertida, y, sea lo que sea yo en otros aspectos, soy más solvente desde el punto de vista del dinero.

VIVIE — Es usted muy amable al decírmelo.

CROFTS — Vamos, señorita Vivie: no necesita usted fingir que no ve adónde voy. Quiero echar raíces con una Lady Crofts. Me figuro que pensará usted que soy muy brusco, ¿eh?

VIVIE — Nada de eso; le estoy muy agradecida por hablar tan claro y tan prácticamente. Aprecio el ofrecimiento: el dinero, la posición, Lady Crofts, y todo lo demás. Pero creo que voy a decir que no. Prefiero no aceptar. (Se levanta y va hasta el reloj de sol para alejarse de la inmediata vecindad de Crofts.)

CROFTS (nada desalentado y aprovechándose del espacio adicional que le han dejado en el asiento para estirarse cómoda-mente, como si unas negativas preliminares fueran parte de la inevitable rutina del galanteo). —No tengo prisa. Quería enterarla por si el joven Gardner trata de atraparla. La proposición está hecha.

VIVIE (secamente) — Mi no es definitivo. No me volveré atrás. (Mira autoritariamente a Crofts, que sonríe, se inclina hacia adelante poniendo los codos en las rodillas para perseguir con el bastón a algún desdichado insecto que hay en la hierba, y mira astutamente a Vivie. Ésta se vuelve impaciente.)

CROFTS — Soy bastante mayor que usted...; veinticinco años..., un cuarto de siglo. No voy a vivir eternamente, y me ocuparé de que usted quede bien cuando me haya ido. .

VIVIE — Soy invulnerable a esa clase de móviles. ¿No le pa. rece que lo mejor que puede hacer es aceptar mi respuesta? No hay la menor probabilidad de que cambie de decisión.

CROFTS (levantándose después de dar un bastonazo a una margarita, y poniéndose a caminar de un lado para otro). — Bien, no importa. Podría decirle algunas cosas que la harían cambiar pronto de modo de pensar, pero no quiero decirlas por-que prefiero ganarla con un sincero afecto. He sido buen amigo de su madre; pregúntele si es verdad. Si no hubiera sido por mi consejo y ayuda, para no mencionar el dinero que le presté, su madre no habría podido ganar el dinero con el cual le ha pagado a usted su educación. No son muchos los hombres que la hubieran apoyado como yo. Desde el principio hasta el fin no puse menos de 40 000 libras esterlinas en el negocio.

VIVIE (mirándolo fijamente) — ¿Quiere usted decir que era socio de mi madre?

CROFTS — Sí. Ahora piense usted en las complicaciones y explicaciones que nos ahorraríamos si todo quedara, por decirlo así, en la familia. Pregunte a su madre si le gustaría explicar todos sus asuntos a un perfecto desconocido.

VIVIE — No veo la dificultad, porque tengo entendido que el negocio se liquidó y el dinero está invertido.

CROFTS (deteniéndose asombrado) — ¡Que se liquidó! ¡Liquidar un negocio que en los peores años ha dado el 35 por ciento! Nada de eso. ¿Quién se lo ha dicho?

VIVIE (extremadamente pálida) — ¿Me quiere usted decir que todavía...? (Se calla bruscamente y apoya una mano en el reloj de sol para sostenerse. Después va rápidamente a la silla de hierro y se sienta.) ¿De qué negocio me está hablando?

CROFTS — Bueno...; la cosa es que no sería considerado como un negocio de primera clase en mi círculo..., en nuestro círculo, si usted piensa mejor de mi ofrecimiento. No es que haya ningún misterio, no crea. Claro está que usted, por el mero hecho de que su madre participa, sabe que es perfectamente recto y honesto. Hace muchos años que la conozco, y puedo decir que antes se cortarían las manos que tocar algo que no fuera como debería ser. Se lo diré a usted si quiere. Ignoro si en sus viajes ha visto lo difícil que es encontrar hotelitos verdaderamente cómodos.

VIVIE (sintiendo náuseas y volviendo la cara).— Sí; diga.

CROFTS — Pues no es nada más que eso. Su madre tiene verdadero talento para dirigir esas cosas. Tenemos dos en Bruselas, uno en Berlín, uno en Viena y dos en Budapest. Claro que no somos nosotros los únicos socios, pero la mayor parte del capital es nuestro y su madre es indispensable como gerente. Me figuro que habrá usted observado que viaja mucho. Pero ya sabe usted que de estas cosas no se puede hablar en sociedad. Menciona uno la palabra hotel y todo el mundo dice

que tiene una taberna. No le gustaría que la gente dijera eso de su madre, ¿verdad? Por eso nos mostramos tan reservados. A propósito, no se lo contará a nadie, ¿eh? Ya que ha sido un secreto tanto tiempo, más vale que siga siéndolo.

VIVIE — ¡Y ese es el negocio en que me invita a participar!

CROFTS — Oh, no. Mi mujer no se ocupará para nada de negocios. No participará usted más de lo que ha participado siempre.

VIVIE — ¡Siempre! ¿Qué quiere decir?

CROFTS — Que siempre ha vivido usted de eso. Ese negocio le ha costado la educación y le ha pagado el vestido que tiene puesto. No lo desprecie usted; ¿dónde estarían, si no, sus estudios universitarios?

VIVIE (levantándose, casi fuera de sí).— Tenga cuidado. Ya sé qué negocio es.

CROFTS (sobresaltado, sofocando una palabrota) — ¿Quién se lo ha dicho?

VIVIE.— Su socia, mi madre.

CROFTS (negro de rabia) — La vieja... (Vivie le mira rápidamente. Crofts se traga el epíteto y se queda jurando y diciendo palabrotas entre dientes. Pero sabe que su habilidad está en ser simpático y se refugia en una generosa indignación.) Debía haber tenido más consideración para usted. Yo nunca se lo hubiera dicho.

VIVIE — Creo que me lo hubiera dicho usted en cuanto es tuviéramos casados: hubiera sido un arma conveniente para do,

marine.

CROFTS (con toda sinceridad). —Yo no me proponía decírselo nunca, Palabra de caballero que no me lo proponía.

Vivie lo mira perpleja. El notar la ironía de Crofts la refresca y le da valor, y contesta con despectivo dominio de sí misma:

VIVIE — No importa. Supongo que usted no dejará de comprender que en cuanto se vaya hoy de aquí termina nuestra relación.

CROFTS — ¿Por qué? ¿Por haber ayudado a su madre?

VIVIE — Mi madre era una mujer muy pobre que no tenía más opción que hacer lo que hizo. Usted era rico, e hizo lo mismo por el 35 por ciento. Es usted un vulgar sinvergüenza. Esa es mi opinión de usted.

CROFTS (después de mirarla... no del todo disgustado y mucho más a sus anchas en esas francas expresiones que en las ceremoniosas de antes) — Ja, ja, ja. Siga, jovencita, no me hiere y se divierte. ¿Por qué diablos no iba yo a invertir así el dinero? Yo cobro el interés de mi capital, como todo el mundo; me figuro que no pensará que me ensucio las manos con el trabajo. Vamos, usted no se negaría a tratar con el duque de Belgravia, primo de mi madre, porque algunas de las rentas que percibe tienen una extraña procedencia. No le negaría el saludo al arzobispo de Canterbury, me figuro, porque los comisionados eclesiásticos tienen unos cuantos taberneros y pecadores entre sus inquilinos. ¿Recuerda usted su beca Crofts para estudiar en New-man? Pues bien, la creó mi hermano, el miembro del Parlamento. Su 22 por ciento de renta la saca de una fábrica donde trabajan 600 chicas, ninguna de las cuales gana lo suficiente para vivir. ¿Cómo cree usted que se las arregla la mayoría? Pregúnteselo a su madre. ¿Y esperaba usted que yo rechazara el 35 por ciento cuando los demás se embolsan lo que pueden, como hombres sensatos? No soy tan tonto. Si quiere buscar y elegir sus amistades basándose en principios morales, más le vale irse de este país, a menos que no quiera usted tratar con gente decente.

VIVIE (con remordimientos de conciencia). —Podría usted ir más allá y mencionar por qué no me he preguntado a mí misma de dónde procedía el dinero que gastaba. Creo que soy tan mala como usted.

CROFTS (muy confortado). —Claro que sí; y me parece muy bien. Al fin y al cabo, ¿qué daño se hace? (Burlándose de

Vivie alegremente:) De modo que después de pensarlo no me considera tan sinvergüenza, ¿eh?

VIVIE. —He participado con usted en las ganancias; y acabo de otorgarle la confianza de decirle lo que pienso de usted

CROFTS (seriamente amistoso) — ¡Ya lo creo que me lo ha dicho! Ya verá usted que no soy malo; no me las doy de superfino intelectualmente, pero soy muy humano, y la vieja sangre de los Crofts se expresa en un odio instintivo a todo lo bajo, en lo cual estoy seguro de que simpatizará conmigo. Créame, señorita Vivie, el mundo no es tan malo como dicen los gruñones. Mientras uno no desafíe a la sociedad, la sociedad no hace preguntas inconvenientes y acaba pronto con los desvergonzados que las hacen. No hay secretos mejor guardados que los que todo el mundo adivina. En la sociedad en la cual yo puedo presentarla, ninguna dama ni, ningún caballero llegarían a olvidarse de sí mismos hasta conversar de mis negocios o de los de su madre. Ningún otro hombre puede ofrecerle una posición más segura.

VIVIE (estudiándolo con curiosidad) — Me figuro que cree usted que me está impresionando muy bien.

CROFTS — Espero que puedo gloriarme de que tiene de mí mejor opinión que al principio.

VIVIE (suavemente) — Ahora creo que casi no vale la pena opinar sobre usted. (Se levanta y se dirige hacia el portillo, deteniéndose en el camino para contemplar a Crofts y decirle casi suavemente, pero con intensa convicción:) Cuando pienso en la sociedad que lo tolera y en las

leyes que lo protegen...; cuando pienso en lo indefensas que se sentirían nueve de cada diez chicas en manos de usted y en las de mi madre..., la mujer inmencionable y su rufián capitalista..

CROFTS (lívido).— ¡Maldita sea!

VIVIE — No necesita maldecirme. Me siento ta maldita.

(Levanta el pestillo del portillo para abrirlo y salir. Crofts la sigue y, para impedir que lo abra, pone pesadamente una mano en el travesaño superior.)

CROFTS (jadeando furioso) — ¿Cree usted que le voy a aguantar esto?

VIVIE (tranquila).— Cálmese. Alguien va a contestar a la campanilla. (Sin dar un paso golpea la campanilla con el dorso

de la mano. La campanilla suena con estridencia y Crofts retrocede involuntariamente. Casi en seguida aparece Frank en el atrio con su rifle.)

FRANK (con alegre cortesía).— ¿Quieres el rifle, Vivie, o quieres que actúe yo?

VIVIE — Frank: ¿has estado escuchando?

FRANK — Nada más que por si oía la campanilla, te lo ase-guro. Para que no tuvieras que esperar. Creo que he demostrado penetración psicológica respecto a usted, Crofts.

CROFTS. —Por una nada le quitaría el fusil y se lo partiría en la cabeza.

FRANK (vigilándolo cautelosamente).— No lo intente, por favor. Soy muy descuidado con las armas de fuego. Estoy seguro de que habría un accidente fatal, con la consiguiente reprimenda del jurado por mi negligencia.

VIVIE — Deja ese rifle, Frank; no hace ninguna falta.

FRANK. —Muy bien, Viv. Es mucho más deportivo atrapar-lo en un cepo. (Crofts, comprendiendo el insulto, hace un movimiento amenazador.) Crofts: en el cargador hay quince cartuchos, y a la distancia que está y contra un objeto de su tamaño no fallo un tiro.

CROFTS — No necesita tener miedo. No voy a tocarlo. FRANK — Es una gran magnanimidad por su parte en estas circunstancias. Gracias.

CROFTS — Pero lo van a saber antes de que se vayan. Es posible que les interese, ya que se quieren tanto. Permítame, señor Frank, que le presente a su media hermana, hija mayor del Reverendo Samuel Gardner. Señorita Vivie: su medio hermano. Buenos días. (Franquea el portillo y se aleja por la carretera.)

FRANK (después de una pausa de estupefacción, levantando el rifle). —Tú declararás ante el juez que es un accidente. (Apunta a Crofts, que se aleja. Vivie aferra el fusil por el cañón y lo apunta contra su pecho.)

VIVIE — Dispara ahora.

FRANK (soltando apresuradamente el rifle por su lado). --¡Cuidado! (Vivie lo deja caer al suelo.) ¡Qué susto me has dado! Supón que se hubiera disparado. (Se deja caer abrumado en el banco.)

VIVIE — ¡Supón que se hubiera disparado! ¿Crees que no hubiera sido un alivio sentir un agudo dolor que me traspasara?

FRANK (queriendo convencerla).— Calma, querida Viv, calma. Recuerda: aun si el rifle asustó a ese individuo hasta hacerle decir la verdad por primera vez en su vida, ahora somos de verdad los niños en el bosque. (Alarga los brazos hacia Vivie.) Ven a que nos cubramos con hojas otra vez.

VIVIE (con un grito de repugnancia) — Ah, no; eso no. Me pones carne de gallina.

FRANK — ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

VIVIE — Adiós. (Se encamina hacia el portillo.)

FRANK (poniéndose de pie de un salto) — Espera. ¡Viv! ¡Viv! (Vivie se vuelve en el portillo.) ¿Adónde vas? ¿Dónde te podré encontrar?

VIVIE — En el resto de mi vida en las oficinas de Honoria Fraser, Chancery Lane 67. (Se va de prisa en dirección opuesta a la de Crofts.)

FRANK — Pero mujer..., espera... (Corre tras ella.)

#### ACTO IV

Oficinas de Honoria Fraser en Chancery Lane. Están situadas en el último piso de New Stone Buildings, y tienen una puerta de vidrio deslustrado, paredes al temple, luz eléctrica y una estufa. Tarde de sábado. Por la ventana se ven las chimeneas de Lincoln's Inn y al fondo el cielo de Occidente. En me-dio de la habitación hay un escritorio doble, con una caja de puros, ceniceros y una lámpara portátil casi oculta por montones de papeles y libros. El escritorio, con hueco en medio para las piernas, tiene sillas a derecha e izquierda y está muy desordenado. Contra la pared, cerca de una puerta que comunica con las habitaciones interiores, está el escritorio del amanuense, cerrado y ordenado, con su alto taburete. En la pared opuesta está la puerta que lleva al pasillo público. La parte superior es de cristal opaco y tiene por fuera un letrero en negro: «Fraser y Warren». Un biombo de bayeta verde oculta el rincón entre esta puerta y la ventana.

Frank, que viste un «coaching suit», con el bastón, los guantes y el sombrero en las manos, camina de un lado para otro en la oficina. Alguien manipula con una llave en la cerradura.

FRANK (en voz alta) — Entre. No está cerrada con llave. Entra Vivie, de chaqueta y con el sombrero puesto. Se de-tiene y mira a Frank.

VIVIE (severamente) — ¿Qué haces aquí?

FRANK — Esperarte. Llevo varias horas esperándote. ¿Así trabajas? (Deja el sombrero y el bastón en el escritorio y se encarama de un salto al taburete del amanuense, mirándola con todo el aspecto de estar de un humor especialmente inquieto, burlón y frívolo.)

VIVIE — He estado fuera veinte minutos justos tomando una taza de té. (Se quita el sombrero y la chaqueta y los cuelga detrás del biombo.) ¿Cómo has entrado?

FRANK — El personal no se había ido cuando llegué. Ha ido a jugar al fútbol en Primrose Hill. ¿Por qué no empleas a una mujer, dando a tu sexo una oportunidad?

VIVIE — ¿A qué has venido?

FRANK (saltando del taburete y acercándose a ella) — Viv: vamos a alguna parte a disfrutar de este medio día de fiesta de sábado, como el personal. ¿Qué te parece que vayamos a Richmond, y después a un music-hall y a cenar bien?

VIVIE — No me lo puedo permitir. Antes de acostarme trabajaré todavía seis horas.

FRANK — No nos lo podemos permitir, ¿eh? Ja, ja. Mira. (Saca un puñado de soberanos de oro y los hace sonar.) Oro, Viv, oro.

VIVIE — ¿De dónde lo has sacado?

FRANK. —Del juego, Viv, del juego. Póker.

VIVIE — ¡Bah! Es peor que robarlo. No; no voy. (Se sienta al escritorio a trabajar, de espaldas a la puerta de vidrio, y empieza a mover papeles.)

FRANK (reprobándola lastimeramente) — Quiero hablar contigo en serio, Viv.

VIVIE — Muy bien; siéntate en la silla de Honoria y habla aquí. Después del té me gustan diez minutos de charla. (Frank murmura.) No vale la pena de que te pongas a gruñir; soy inexorable. (Frank se sienta desconsolado enfrente de Vivie.) Pásame la caja de puros, ¿quieres?

FRANK (empujando la caja de puros). —Horrible costumbre en las mujeres. Los hombres agradables ya no fuman puros.

VIVIE — Si; no les gusta el olor de puro en las oficinas; y nosotras hemos tenido que dedicarnos a los cigarrillos. ¿Ves? (Abre la caja, saca un cigarrillo y lo enciende. Ofrece otro a

Frank, pero Frank menea la cabeza con cara compungida. Vivie se instala cómodamente en su silla, fumando.) Habla.

FRANK — Bien, quiero saber qué has hecho..., cómo te has arreglado.

VIVIE — Todo estaba resuelto a los veinte minutos de llegar yo aquí. Honoria vio que no podía atender a tantos asuntos como tenía este año y estaba a punto de llamarme y proponerme que nos asociásemos, cuando entré y le dije que no tenía ni un centavo. En seguida me instalé y la mandé de vacaciones por quince días. ¿Qué pasó en Haslemere cuando me fui?

FRANK — Nada. Dije que te habías ido a la ciudad por un asunto particular.

VIVIE — ¿Y qué más?

FRANK — O todos se quedaron demasiado desconcertados para decir algo, o Crofts había preparado a tu madre. En todo caso, tu madre no dijo nada, y Crofts no dijo nada, y Praddy se limitó a mirar fijamente enfrente. Después de tomar el té se levantaron y se fueron; y desde entonces no los he visto.

VIVIE (asintiendo plácidamente con un ojo puesto en la voluta de humo.) — Está muy bien.

FRANK (mirando con desaprobación alrededor). — ¿Tienes la intención de quedarte en este sitio infecto?

VIVIE (alejando de un decisivo soplo la voluta de humo y sentándose tiesa) — Sí. Estos dos días me han devuelto el vigor y el dominio de mí misma. No pienso tomar vacaciones en el resto de mi vida.

FRANK (con cara apenada). — Bueno. Tienes cara de contenta y de más dura que la piedra.

VIVIE (sombriamente). — ¡Mejor para mí!

FRANK (levantándose) — Mira, Viv: necesitamos tener una explicación. El otro día nos separamos completamente desavenidos.

VIVIE (dejando el cigarrillo) — Bueno: aclara la cosa. FRANK — ¿Recuerdas lo que dijo Crofts?

VIVIE — Sí.

FRANK — Su revelación se proponía alterar moralmente la naturaleza de nuestros mutuos sentimientos. Nos puso en el terreno de hermano y hermana.

VIVIE — Sí. FRANK — ¿Has tenido algún hermano?

VIVIE. — No.

FRANK — Entonces no sabes cuál es el sentimiento que hay entre hermano y hermana. En cambio yo lo sé, porque tengo varias: Bessie, Georgina y las demás. El sentimiento fraterno me es muy familiar, y te aseguro que lo que siento por ti no se le parece absolutamente nada. Las chicas seguirán su camino, yo seguiré el mío, y nos tendrá sin cuidado no volvernos a ver. Eso es ser hermano y hermana. En cuanto a ti, no me siento a gusto si paso una semana sin verte. Eso no es ser hermano y hermana. Es exactamente lo que sentía yo una hora antes de que Crofts nos hiciera su revelación. Para resumir, querida Viv, es un sueño de amor.

VIVIE (mordazmente) — El mismo sentimiento que llevó a tu padre a los pies de mi madre, ¿no es cierto, Frank?

FRANK (rebelándose) — Me opongo ardorosamente a que mis sentimientos se comparen con cualquiera de los que el Reverendo Samuel sea capaz de albergar, y todavía me opongo más a la comparación entre tú y tu madre. Además, no creo en lo que nos dijo Crofts. He acosado a mi padre y he obtenido de él algo que considero equivalente a una negativa.

VIVIE — ¿Qué ha dicho?

FRANK — Que estaba seguro de que hay algún error. VIVIE — ¿Le crees?

FRANK — Estoy dispuesto a aceptar su palabra contra la de Crofts.

VIVIE — ¿Y cuál es la diferencia? Quiero decir, ¿cuál es la diferencia en tu imaginación o en tu conciencia? Porque en realidad no la hay.

FRANK (meneando la cabeza) — En absoluto.

VIVIE. Eso opino yo también.

FRANK (mirándola fijamente) — Es verdaderamente sorprendente. Yo creía que todas nuestras relaciones se alteraron en tu imaginación y en tu conciencia, como lo expresas, en el momento en que el hocico de aquella bestia dijo lo que dijo.

VIVIE. —No, no era eso. Yo no le creí. ¡Ojalá hubiera podido creerle!

FRANK — ¿Eh?

VIVIE — Creo que la relación que hay entre hermano y hermana sería muy apropiada para nosotros.

FRANK — ¿Lo dices de veras?

VIVIE — Sí. Es la única relación que me interesa, aunque pudiéramos permitirnos otra. Lo digo de veras.

FRANK (levantando las cejas como quien ve una nueva luz, y hablando en una verdadera efusión de sentimientos caballerosos)' — ¿Por qué no lo dijiste antes, Viv? Perdóname que te haya perseguido. Ya lo comprendo.

VIVIE (perpleja) — ¿Qué es lo que comprendes?

FRANK — No soy un tonto en el sentido ordinario de la pa-labra..., no lo soy más que en el sentido bíblico de que hago todo lo que el hombre prudente dice que es una locura, después de haberlo ensayado él mismo en la más amplia escala. Ya veo que no soy más el chiquito de Vivvum. No te alarmes; no te volveré a llamar Vivvum..., al menos hasta que te canses de tu nuevo chiquito, quienquiera que sea.

VIVIE — ¡Mi nuevo chiquito!

FRANK (con convicción) — Tiene que haber un nuevo chi-quito. Siempre ocurre lo mismo. No hay otra salida.

VIVIE — Que tú sepas, no, afortunadamente para ti. (Alguien llama a la puerta.)

FRANK — Maldito sea el visitante, quienquiera que sea. VIVIE — Es Praed. Se va a Italia y quiere despedirse. Le dije que viniera esta tarde. Ábrele la puerta.

FRANK — Podemos continuar la conversación después que se vaya a Italia. Me quedaré hasta que se vaya. (Va a la puerta y la abre.) ¿Cómo está usted, Praddy? Encantado de verlo. Pase. (Praed, vestido para viajar, entra muy animado con la excitación de emprender el viaje.)

PRAED — ¿Cómo está usted, señorita? (Vivie le da la mano cordialmente aunque cierto sentimentalismo en la animación de Praed la irrita un poco.) Salgo dentro de una hora del Holborn Viaduct. Ojalá pudiera convencerla de que haga un viaje a Italia.

VIVIE — ¿Para qué?

PRAED — Para saturarse de belleza y romanticismo, natural-mente. (Vivie, con un estremecimiento, vuelve su silla hacia el escritorio como si el trabajo que le espera fuera un consuelo y un apoyo. Praed se sienta enfrente. Frank pone una silla detrás de la de Vivie, se deja caer en ella perezosa y descuidadamente y habla a Vivie por encima del hombro.)

FRANK — Es perder el tiempo, Praddy. Viv es una pequeña filistea indiferente a mi romanticismo e insensible a mi belleza.

VIVIE. Señor Praed: sepa usted que en la vida no hay romanticismo y belleza para mí. La vida es como es, y estoy dispuesta a aceptarla como es.

PRAED (con entusiasmo) — No dirá usted eso si viene a Verona y a Venecia. Llorará usted de delicia de vivir en un mundo tan hermoso.

FRANK — Muy elocuente, Praddy. Siga así.

PRAED. —Oh, yo le aseguro que he llorado..., y espero llorar otra vez..., a los cincuenta. A su edad, señorita, no necesita-ría usted ir tan lejos como Verona. Se sentiría usted animadísima nada más que con ver Ostende. Le encantarían la alegría, la vivacidad, y el ambiente feliz de Bruselas. (Vivie se echa hacia atrás.) ¿Qué le pasa?

FRANK — ¿Qué te pasa, Viv?

VIVIE (a Praed, reprochándole profundamente) — ¿No puede usted mencionarme mejor ejemplo de belleza y romanticismo que Bruselas?

PRAED (perplejo) — Es muy distinto de Verona, claro está. No quiero insinuar ni por un momento que...

VIVIE (amargamente) — Probablemente la belleza y el romanticismo son muy semejantes en los dos sitios.

PRAED (completamente serenado y muy preocupado) — Señorita..., yo... (mirando interrogativamente a Frank). Pero, ¿qué pasa?

FRANK — Su entusiasmo le parece frívolo a Vivie. Acaba de tener una visita muy seria.

VIVIE (secamente) — Cállate. No seas tonto, Frank.

FRANK (con calma) — ¿Usted diría que estos modales son buenos, Praed?

PRAED (angustiado y considerado) — ¿Quiere usted que me lo lleve de aquí, señorita? Estoy seguro de que no la dejamos trabajar. (Está a punto de levantarse.).

VIVIE. -- Siéntese; todavía no estoy como para ponerme a trabajar. Ustedes creen que estoy en una crisis de nervios, y no

es cierto. Pero hay dos temas que no quiero que se toquen más. Uno de ellos (a Frank) es el sueño de amor en cualquier aspecto o forma; el otro (a Praed) el romanticismo y la belleza de la vida, especialmente el representado por la alegría de Bruselas. Pueden ustedes conservar las ilusiones que les queden sobre esos dos temas; yo no tengo ninguna. Si nosotros tres hemos de ser amigos, se me ha de tratar como a una mujer que trabaja, permanentemente soltera (a Frank) y definitivamente sin ningún romanticismo (a Praed).

FRANK — También yo me quedaré permanentemente soltero hasta que cambies de modo de pensar. Praddy: cambie de tema. Sea elocuente sobre cualquier otra cosa.

PRAED (tímidamente) — Me temo que no hay en el mundo ninguna otra cosa sobre la cual pueda hablar. El único evangelio que predico es el Evangelio del Arte. Sé que la señorita Warren es muy devota del Evangelio de Progresar; pero de eso no podemos hablar sin herirle a usted, Frank, en sus sentimientos, puesto que está decidido a no progresar.

FRANK — Oh, no se preocupe de mis sentimientos. Déme usted por lo que más quiera un consejo que me aproveche; me sientan muy bien. Intenta tú otra vez hacer de mí un triunfador, Viv. Vamos; hablemos de energía, perseverancia, previsión, respeto de sí mismo y carácter. ¿No detestas a las personas que carecen de carácter, Viv?

VIVIE (echándose atrás) — Calla, calla, no hablemos más de esas pedanterías. Señor Praed: si esos son los dos únicos evangelios del mundo, lo mejor que podemos hacer todos es suicidarnos, porque los dos están corrompidos de arriba abajo.

FRANK (mirándola críticamente). — Hoy hay en ti algo poético que hasta ahora te faltaba.

PRAED (reprochándole). — Mi querido Frank: creo que está usted poco comprensivo.

VIVIE (inexorable consigo misma). — No; me hace bien. Me impide ser sentimental.

FRANK (en tono zumbón) — Te contiene en tu natural y fuerte inclinación en ese sentido, ¿verdad?

VIVIE (casi histéricamente) — Sigue, sigue, no me guardes consideración. Fui sentimental en un momento de mi vida..., con un sentimentalismo bellísimo..., a la luz de la luna; y ahora

FRANK (rápidamente) — Cuidado, Viv. No reveles tu secreto.

VIVIE — Oh, ¿crees que el señor Praed no está enterado de todo lo de mi madre? (Volviéndose hacia Praed.) Hubiera hecho usted mejor diciéndomelo aquella mañana. Después de todo es usted bastante anticuado en sus delicadezas.

PRAED — Seguramente es usted la un poco anticuada en sus prejuicios, señorita. Me siento obligado a decirle, hablando como artista y en el convencimiento de que las relaciones humanas más profundas están más allá y por encima del ámbito de la ley, que aunque sé que su madre no es casada, no por eso la respeto menos. La respeto más.

FRANK (alegremente) — Bravo, bravo.

VIVIE (mirando fijamente a Praed) — ¿Es eso todo lo que usted sabe?

PRAED — Todo.

VIVIE — Entonces ninguno de ustedes sabe nada. Sus suposiciones son la mismísima inocencia en comparación con la verdad.

PRAED (sobresaltado e indignado, pero manteniéndose cortés haciendo un esfuerzo). — No lo creo. (Más enfáticamente.) ¡No lo creo, señorita! (La cara de Frank muestra que no comparte la incredulidad de Praed. Vivie profiere una exclamación de impaciencia. Praed, cuya caballerosidad decae ante la convicción de Vivie y de Frank, añade lentamente:) Si hay algo peor, es decir, algo más, ¿está usted segura de que hace bien al decírnoslo?

VIVIE — Estoy segura de que si tuviera valor pasaría el resto de mi vida diciéndoselo a todo el mundo..., en inculcarlo hasta que sintiera su parte de vergüenza y de horror como siento yo la mía. No hay nada que yo desprecie tanto como el malvado convencionalismo que protege esas cosas prohibiendo a la mujer el mencionarlás. Y, sin embargo, no puedo decírselo. Las dos infames palabras que describen lo que mi madre es me suenan en los oídos y pugnan por salirme de la boca, pero no puedo decirlas; mi instinto es más fuerte que yo. (Hunde la cara en las manos. Los dos hombres, asombrados, se miran uno a otro y después miran a Vivie, que levanta desesperadamente la cabeza y toma una hoja de papel y una pluma.) Les voy a redactar a ustedes un prospecto.

FRANK — Está loca. ¿Oyes, Viv? Loca. Domínate.

VIVIE — Ya verán ustedes. (Escribe:) «Capital desembolsa-do: no menos de 40.000 libras a nombre de Sir George Crofts, Barón, principal accionista». ¿Qué viene después? Lo he olvidado. Ah, sí: «Establecimientos en Bruselas, Berlín, Viena y Buda-pest. Directora-Gerente: señora Warren»; y no olvidemos los títulos, las dos palabras. Ahí están. (Les alarga el papel.) Oh, no. No lo lean, no lo lean. (Recoge el papel y lo hace trizas; después se toma la cabeza con las dos manos y oculta la cara contra la mesa. Frank, que ha seguido atentamente por encima del hombro de Vivie lo que escribía, abriendo mucho los ojos al verlo, saca del bolsillo una tarjeta, garabatea un par de palabras y se la pasa en silencio a Praed, que la lee asombrado. Frank, sintiendo remordimientos, se inclina sobre Vivie.)

FRANK (con ternura, en voz baja) — Viv, no importa. Praddy y yo hemos leído lo que has escrito. Lo comprendemos todo. Y seguimos teniéndote la consideración de siempre. (Vivie levanta lentamente la cabeza.)

PRAED — De veras, señorita. Yo proclamo que es usted la mujer más espléndidamente valiente que he conocido. (Este cumplido sentimental da ánimo a Vivie, pero acaba por rechazarlo con un meneo de cabeza y se esfuerza en levantarse, no sin buscar apoyo en la mesa.)

FRANK — No te muevas si no quieres. Ten calma.

VIVIE — Gracias. Conmigo pueden estar siempre seguros de dos cosas: que no lloraré y que no me desmayaré. (Da unos pasos hacia la puerta de las habitaciones interiores, se detiene muy cerca de Praed y dice:) Voy a necesitar mucho más valor que ése cuando le diga a mi madre que entre ella y yo todo ha acabado. Ahora debo ir a la otra habitación a arreglarme un poco si me lo permiten ustedes.

PRAED. ¿Quiere que nos vayamos?

VIVIE — No, volveré en seguida. Un momento nada más. (Praed le abre la puerta y Vivie pasa a la otra habitación.)

PRAED — ¡Qué asombrosa revelación! ¡Qué desilusión me he llevado con Crofts!

FRANK — Yo no me he llevado ninguna. Al fin sabemos exactamente lo que es. Pero, ¡vaya una situación la mía! Ahora no puedo casarme con ella.

PRAED (severamente) — ¡Frank! (Los dos se miran; Frank, tan tranquilo; Praed, muy indignado.) Permítame que le diga que si la abandona ahora se portará de un modo despreciable. FRANK — ¡Qué gran persona es usted! ¡Siempre tan caballeroso! Pero se equivoca: no se trata del aspecto moral de la cosa, sino del aspecto económico. Ahora no puedo decidirme a tocar el dinero de la vieja.

PRAED — ¿Y por él se iba usted a casar con Vivie?

FRANK — ¿Por qué otra cosa iba a casarme? Yo no tengo dinero ni la menor habilidad para ganarlo. Si me casara ahora con Vivie tendría que sostenerme ella y le costaría más de lo que valgo.

PRAED — Pero un individuo inteligente, brillante, como usted, puede ganar algo con su talento.

FRANK — Oh, sí, un poco. (Saca otra vez el dinero que tiene en el bolsillo.) Lo gané ayer... en una hora y media. Pero lo gané en una especulación. No, querido Praddy: aunque Bessie y Georgina se casen con millonarios y el padre se muera después de no dejarles más que un chelín a cada una, no tendré más que cuatrocientas libras al año. Y el padre no se va a morir hasta los setenta años; no es suficientemente original para morirse antes. En los próximos veinte años no voy a contar más que con una asignación muy reducida y, por lo que de mí depende, no

quiero para Viv esa situación. Me retiro graciosamente y dejo el campo a la dorada juventud inglesa. De modo que la cosa está resuelta. No voy a molestar a Viv; le escribiré una esquelita en cuanto nos vayamos. Ella lo comprenderá.

PRAED (tomándolo de una mano) — Es usted una buena persona, Frank. Le ruego que me perdone. ¿No va usted a vol-ver a verla?

FRANK — ¡No volver a verla! Pero hombre, sea usted razonable. Vendré siempre que pueda y seré su hermano. No comprendo las absurdas consecuencias que ustedes, las personas románticas, esperan de las transacciones más ordinarias. (Una llamada a la puerta.) ¿Quién será? ¿Quiere usted abrir la puerta? Si es un cliente, producirá mejor efecto que si la abro yo.

PRAED — Con mucho gusto. (Va a la puerta y la abre. Frank se sienta en la silla de Vivie para redactar una esquila.) Querida Kitty: entre, entre.

Entra la señora Warren mirando recelosamente a su alrededor en busca de Vivie. Ha hecho lo posible para tener un digno aspecto de matrona. Al aparatoso sombrero lo sustituye uno se. cilio, y la alegre blusa la ha cubierto con un costoso manto n - gro de seda. Está lamentablemente angustiada e inquieta..., evidentemente presa de pánico.

LA SEÑORA WARREN (a Frank) — ¡Cómo! ¿Está usted aquí?

FRANK (volviéndose en la silla dejando de escribir, pero sin levantarse) — Aquí estoy, y encantado de verla. Llegó usted como un soplo de primavera.

LA SEÑORA WARREN — Oh, no diga tonterías. (En voz baja:) ¿Dónde está Vivie?

Frank señala expresivamente la puerta de las habitaciones interiores, pero no dice nada.

LA SEÑORA WARREN (sentándose bruscamente y casi echándose a llorar) — Praddy: ¿usted cree que no querrá verme?

PRAED — Querida Kitty: no se atormenta. ¿Por qué no va a querer verla?

LA SEÑORA WARREN — Oh, usted no podría comprender por qué; es demasiado bondadoso. Señor Frank: ¿le ha dicho algo a usted?

FRANK (doblando la esquina) — Viv debe verla si (muy expresivamente) espera usted a que vuelva.

LA SEÑORA WARREN (asustada) — ¿Por qué no voy a esperar?

Frank la mira con curiosidad, pone cuidadosamente la esquina sobre el tintero para que Vivie no pueda menos de verla en la primera oportunidad de mojar la pluma, y se levanta y consagra toda su atención a la señora Warren.

FRANK — Mi querida señora Warren: supongamos que fuera usted un gorrión, un lindo gorrión que anduviera a saltitos en la carretera, y viera usted que se acercaba una apisonadora, ¿esperaría usted?

LA SEÑORA WARREN. —No me fastidie con sus gorriones. ¿Por qué huyó Vivie de Haslemere de aquella manera?

FRANK — Me temo que ella misma se lo dirá si espera usted hasta que vuelva.

LA SEÑORA WARREN. -- ¿Quiere usted que me vaya? FRANK. --No. Siempre quiero que se quede. Pero le aconsejo

que se vaya. LA SEÑORA WARREN — ¡Cómo! ¿Y que no vuelva a verla más? FRANK — Exactamente.

LA SEÑORA WARREN (llorando otra vez) — Praddy: no le permita ser cruel conmigo. (Contiene apresuradamente las lágrimas y se seca los ojos.) Vivie se va a enojar mucho si ve que he llorado.

FRANK (con un toque de verdadera compasión en su etérea

ternura) — Ya sabe usted, señora, que Praddy es la bondad personificada. Praddy: ¿qué dice usted? ¿Que se vaya o que se

quede?

PRAED (a la señora Warren) — Sentiría mucho causarle un

dolor innecesario, pero creo que tal vez será mejor que no espere. El hecho es... (Se oye a Vivie al otro lado de la puerta.) FRANK — ¡Sh! Demasiado tarde. Ya viene.

LA SEÑORA WARREN — No le digan que he llorado. (Entra Vivie y se detiene gravemente al ver a la señora Warren, que la recibe con histérica alegría.) Ay, hija mía. Al fin te veo.

VIVIE — Me alegro de que hayas venido; quiero hablar contigo. Frank: creo que habías dicho que te ibas.

FRANK — Sí. ¿Quiere venir conmigo, señora? ¿Qué le parece una excursión a Richmond, y al teatro por la noche? En Richmond hay seguridad completa. No hay apisonadoras.

VIVIE — No digas tonterías. Mi madre se queda aquí.

LA SEÑORA WARREN (asustada) — No lo sé. Quizá será mejor que me vaya. No te dejamos trabajar.

VIVIE (con tranquila decisión).— Señor Praed: haga el favor de llevarse a Frank. Siéntate, mamá. (La señora Warren obedece sumisamente.)

PRAED — Vamos, Frank. Adiós, señorita.

VIVIE (dándole la mano) — Adiós. Buen viaje.

PRAED — Gracias, gracias.

FRANK (a la señora Warren) — Adiós; hubiera usted hecho mucho mejor en seguir mi consejo. (Le da la mano. Después dice ligeramente a Vivie:) Hasta otro día, Viv.

VIVIE — Adiós. (Frank sale alegremente sin dar la mano a Vivie. Praed lo sigue. Vivie, compuesta y muy grave, se sienta

en la silla de Honoria y espera a que hable su madre. La señora Warren, de miedo a la pausa, no pierde tiempo para empezar.

LA SEÑORA WARREN — Bueno, Vivie, ¿por qué te fuiste de aquella manera sin decirme una palabra? ¿Cómo pudiste hacer lo? ¿Y qué le has hecho al pobre George? Yo quería que viniera conmigo, pero se ha negado. Vi que te tenía mucho miedo pero figúrate: no quería que viniera yo. ¡Como si (temblando

yo te tuviera miedo! (La gravedad de Vivie se acentúa.) Naturalmente, le dije que todo había quedado arreglado entre nosotras y que estábamos en las mejores relaciones. (Abatida.) ¿u,

significa esto, Vivie? (Saca de un sobre un papel, se acerca a 1, mesa y se lo entrega a Vivie.) Lo he recibido del Banco ese mañana.

VIVIE — Es mi asignación mensual. Me la enviaron como de costumbre el otro día y la devolví pidiendo que te la acreditaran en cuenta y te mandaran el justificante. En lo: futuro me sostendré a mí misma.

LA SEÑORA WARREN (sin atreverse a comprender) — ¿No era bastante? ¿Por qué no me lo dijiste? (Con una mirada astuta.) Te pasaré el doble; ya tenía esa intención. Dime únicamente cuánto necesitas.

VIVIE — Sabes perfectamente que no se trata de eso. De ahora en adelante seguiré mi propio camino, con mi propio trabajo y entre mis propios amigos. Y tú seguirás el tuyo. (Se levanta.) Adiós.

LA SEÑORA WARREN (anonadada) — ¿Adiós?

VIVIE — Sí, adiós. No tengamos una escena inútil. Lo comprendes perfectamente. Sir George Crofts me ha enterado de todo.

LA SEÑORA WARREN (furiosa) — El muy... (Se traga el epíteto y palidece al darse cuenta de lo poco que le ha faltado para soltarlo.) Le deberían cortar la lengua. Pero también yo te lo expliqué todo y dijiste que no te importaba.

VIVIE (firmemente) — Dispensa; me importa. Tú me explicaste las causas, pero eso no altera el fondo.

La señora Warren, a quien hace callar por un momento, mira desesperada a Vivie, la que permanece como una estatua; esperando que la batalla haya concluido. Pero la astuta expresión vuelve al rostra de la señora Warren, que se inclina sobre la mesa, sutil y apresuradamente, para decir en un medio susurro:

LA SEÑORA WARREN — Vivie: ¿sabes lo rica que soy? VIVIE — No dudo de que eres muy rica.

LA SEÑORA WARREN — Pero no sabes todo lo que eso significa: eres demasiado joven. Significa un nuevo vestido cada día; significa teatros y bailes todas las noches; significa tener a tus pies la mejor juventud de Europa; significa una casa hermosa y muchos criados; significa lo mejor de comer y beber; significa todo lo que te guste, todo lo que quieras, todo lo que se te ocurra. ¿Y qué eres tú aquí? Una simple jornalera que se cansa de la mañana a la noche nada más que para vivir y por dos vestidos baratos al año. Piénsalo. (Tranquilizadamente:) Estás escandalizada, ya lo sé. Comprendo perfectamente tus sentimientos y creo que te honran, pero créeme, nadie te lo reprochará, te lo aseguro. Sé cómo son las chicas jóvenes, y sé que pensarás de otro modo en cuanto reflexiones un poco.

VIVIE — Así es como se convence, ¿eh? Has debido decírselo a muchas mujeres para que te salga con esa facilidad.

LA SEÑORA WARREN (apasionadamente) — ¿Te pido que le hagas daño a alguien? (Vivie se vuelve despreciativamente. La señora Warren la sigue desesperada.) Escúchame, Vivie: no comprendes, te han enseñado mal a propósito; no sabes lo que es el mundo en realidad.

VIVIE (interesada) — ¿Que me han enseñado mal a propósito? ¿Qué quieres decir?

LA SEÑORA WARREN — Quiero decir que renuncias a todas tus oportunidades sin salir ganando nada. Tú crees que la gente es lo que finge ser... que lo que en el colegio y en la universidad te enseñaron que es justo y decente responde a la realidad. Pero no es así; no es más que una ficción para mantener en orden a todas las personas vulgares, que son cobardes y tienen alma de esclavos. ¿Quieres llegar a saberlo a los cuarenta años, como otras mujeres, cuando lo hayas dado todo y perdido todas las oportunidades, o se lo creerás a tiempo a tu madre, que te quiere y jura que es verdad..., el evangelio? (Exhortándola.) Vivie: las personas importantes, las personas inteligentes, las personas que dirigen el cotarro, lo saben. Hacen lo que yo y piensan como yo. Conozco muchas. Las conozco de tratarlas,

las conozco como para presentártelas para que sean amigas tuyas. Lo que no comprendes es que no me propongo nada malo; tienes la cabeza llena de ideas falsas acerca de mí. ¿Qué saben de la vida o de personas como yo las personas que te han enseñado? ¿Cuándo me han conocido, o han conversado conmigo, o permitido que nadie les hable de mí, los muy imbéciles? ¿Qué habrían hecho por ti si yo no les hubiera pagado? ¿No te han dicho que quiero que seas respetable? ¿No te he criado para que seas respetable? ¿Y cómo puedes serlo sin mi dinero, sin mi influencia y sin los amigos de Lizzie? ¿No comprendes que al darme la espalda te degüellas a ti misma a la vez que me desgarras el corazón?

VIVIE — Reconozco la filosofía de la vida de Crofts. Todo eso se lo oí a él en casa de los Gardner el otro día.

LA SEÑORA WARREN — ¡Crees que trato de convencerte de que aceptes a ese gastado sinvergüenza! No es cierto, Vivie, te lo juro.

VIVIE. — No importaría nada, porque no lo conseguirías. (La señora Warren se echa atrás profundamente dolida por la indiferencia que esas palabras revelan respecto a su cariñosa intención. Vivie, sin comprenderlo ni preocuparse de ello, prosigue tranquilamente:) Ignoras totalmente qué clase de persona soy. No me opongo a Crofts más que a cualquier otro hombre grosero de su clase. Si he de decirte la verdad, hasta le admiro un poco por tener la suficiente resolución para gozar a su manera y hacer mucho dinero en vez de dedicarse a cazar, a comilonas y a vestir bien como hacen los de su clase simplemente por-que lo hacen los demás. Y me doy perfecta cuenta de que si me hubiera visto en las mismas circunstancias que mi tía Liz habría hecho exactamente lo mismo que ella. No creo tener más prejuicios ni ser más rígida que tú. Probablemente tengo menos. Seguramente soy menos sentimental. Sé muy bien que la moralidad elegante no es más que una ficción; y que si aceptara tu dinero y me dedicara el resto de mi vida a gastarlo elegantemente, sería todo lo indigna y todo lo viciosa que puede ser una mujer estúpida, sin que nadie me dijera una palabra. Pero no quiero ser indigna. No disfrutaría trotando en el

parque para atender a mi modista y al constructor de mi coche, ni aburriéndome en la Opera con todo un escaparate de joyas a cuestas.

LA SEÑORA WARREN (perpleja) — Pero...

VIVIE — Espera un poco; no he acabado. Díme por qué continúas con tu negocio ahora que ya eres independiente. Tu hermana, según me dijiste, ya lo dejó. ¿Por qué no haces lo

mismo?

LA SEÑORA WARREN — A Liz le es muy fácil; le gusta la

buena sociedad y tiene todo el aspecto de una dama. ¡Imagina-me a mí en una ciudad episcopal! Hasta las cornejas me conocerían, aun en el caso de que yo pudiera soportar el aburrimiento. Yo necesito trabajo y agitación; si no, me vuelvo loca de melancolía. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Esa vida es como para mí; sirvo para eso y no para ninguna otra cosa. Si no lo hiciera yo lo haría otro, de modo que no hago verdadero daño. Además produce mucho, y a mí me gusta ganar mucho. No, no vale la pena de hablar; no puedo renunciar... por nadie. Pero, ¿por qué necesitas estar enterada? Yo nunca lo mencionaré. Tendré aleja-do a Crofts. No te molestaré; ya ves que siempre ando corriendo de un lado para otro. Te librarás totalmente de mí cuando me

muera.

VIVIE. —No; soy hija de mi madre. Soy como tú: necesito

trabajar y ganar más de lo que gasto. Pero mi trabajo no es el tuyo, ni mi modo de ver la vida es el tuyo. Debemos separarnos. No notaremos una gran diferencia; en vez de vernos durante unos meses en veinte años, no nos veremos más; eso es todo.

LA SEÑORA WARREN (con voz sofocada por las lágrimas). Vivie: siempre he querido estar más tiempo contigo.

VIVIE — No hablemos más; no me van a cambiar, ni creo que te cambien a ti unas cuantas lágrimas baratas y unas cuan-

tas súplicas.

LA SEÑORA WARREN (desesperadamente) — ¡Oh, llamas ba-

ratas a las lágrimas de una madre!

VIVIE — No te cuestan nada; y tú me pides que a cambio de ellas te dé la paz y la tranquilidad de toda mi vida. ¿De qué te serviría mi compañía si la consiguieras? ¿Qué tenemos las dos de común que nos pueda hacer felices viviendo juntas?

LA SEÑORA WARREN (recayendo inconscientemente en su dialecto) — Somos madre e hija. Quiero que mi hija esté conmigo. Tengo derecho a ello. ¿Quién va a cuidarme cuando sea vieja? Muchas chicas me han querido como hijas y han llorado al irse,

pero yo dejé que se fueran porque te tenía a ti. He vivido sola

por ti. Ahora no tienes derecho a volverte contra mí y negarte a cumplir tu deber de hija.

VIVIE (irritada y hostil por el eco de casas sórdidas que hay en la voz de su madre) — ¡Mi deber de hija! Ya esperaba que llegarías a mencionarlo. Pues bien; tú quieres una hija y Frank quiere una mujer. Yo no quiero una madre y no quiero un marido. Sin contemplación ninguna para Frank ni para mí misma,

lo he mandado a paseo. ¿Crees que voy a tener contemplaciones contigo?

LA SEÑORA WARREN (violentamente). — Ya sé qué clase de persona eres...; no tienes compasión para ti misma ni para nadie. Ya lo sé. Mi experiencia me ha servido por lo menos para que sepa conocer a una mujer devota, gazmoña, dura y egoísta, en cuanto le echo los ojos encima. Bien, puedes quedarte sola; no te quiero conmigo. Pero escúchame: ¿sabes lo que haría contigo,

bien lo sabe Dios, si ahora volvieras a ser una niña? VIVIE. Estrangularme, quizá.

LA SEÑORA WARREN — No; te criaría para que fueras una verdadera hija mía, y no lo que eres ahora con tu orgullo, tus prejuicios y la educación universitaria que me has robado...; sí,

robado. Niégalo si puedes. ¿Qué has hecho, sino robármela? Te criaría en mi propia casa.

VIVIE (suavemente). — En una de tus casas.

LA SEÑORA WARREN (gritando) — ¿Qué dices? Estás escupiendo a las canas de tu madre. Quiera Dios que tu propia hija te escupa y te pisotee como me has escupido a mí. Y te escupirá. Ninguna mujer maldita por su madre ha tenido suerte.

VIVIE — No grites, mamá. Tus gritos no hacen más que endurecerme. Al fin y al cabo, me figuro que soy la única mujer

joven que has tenido en tu poder y con quien has sido buena. No lo estropees ahora.

LA SEÑORA WARREN — Sí. Que Dios me perdone, pero es verdad; y tú eres la única que se ha vuelto contra mí. ¡Qué in-justicia, qué injusticia! Siempre quise ser buena. Trabajé honradamente y me trataron como a una esclava hasta que maldije el día en que oí hablar de trabajo honrado. Fui buena madre, y porque hice de mi hija una mujer buena se vuelve contra mí como si yo fuera una leprosa. ¡Oh, si volviera a vivir de nuevo! ¡Qué cosas le diría a aquel cura mentiroso de la escuela! De ahora en adelante, y que Dios me perdone en mi última hora, no haré más que el mal. Y prosperaré a costa del mal.

VIVIE — Si; es mejor trazarse una conducta y seguirla. Si hubiera sido tú, es posible que hubiera hecho lo que hiciste; yo hubiera sido tú, es posible que hubiera hecho lo que

pero no habría vivido de una manera y creído en otra. En el fondo eres una mujer convencional. Por eso te digo adiós ahora.

¿Tengo razón o no?

LA SEÑORA WARREN (sorprendida) — ¡Razón para tirar mi dinero!

VIVIE — No; razón en librarme de ti. Sería una tonta si no lo hiciera, ¿no es verdad?

LA SEÑORA WARREN (sombriamente) — Bueno, si vamos a eso, me figuro que sí. Pero Dios salve al mundo si todos hacen lo que deben hacer. Ahora más me vale irme en vez de quedarme donde no me quieren. (Se vuelve para irse)

VIVIE (amablemente) — ¿No me

SEÑORA WARREN (después de mirarla fieramente un momento, sintiendo un salvaje impulso de abofetearla) — No, gracias. Adiós.

VIVIE (como si tal cosa). —Adiós. (La señora Warren sale dando un portazo. La tensión se disipa en la cara de Vivie; su grave expresión se convierte en otra de alegre contento; el aliento se le va en un medio sollozo media carcajada de intenso alivio. Va boyantemente a su sitio ante el escritorio, aparta la lámpara eléctrica, pone delante un gran montón de papeles, y está a punto de mojar la pluma en el tintero cuando ve la esquila de Frank. La abre con naturalidad y la lee rápidamente, soltando una risita al ver algún parrafito.) Y adiós, Frank. (Rompe la esquila y, sin pensar más, tira los trozos al canasto de papeles. Después se zambulle en el trabajo y pronto queda absorta en las cifras.)

TELÓN